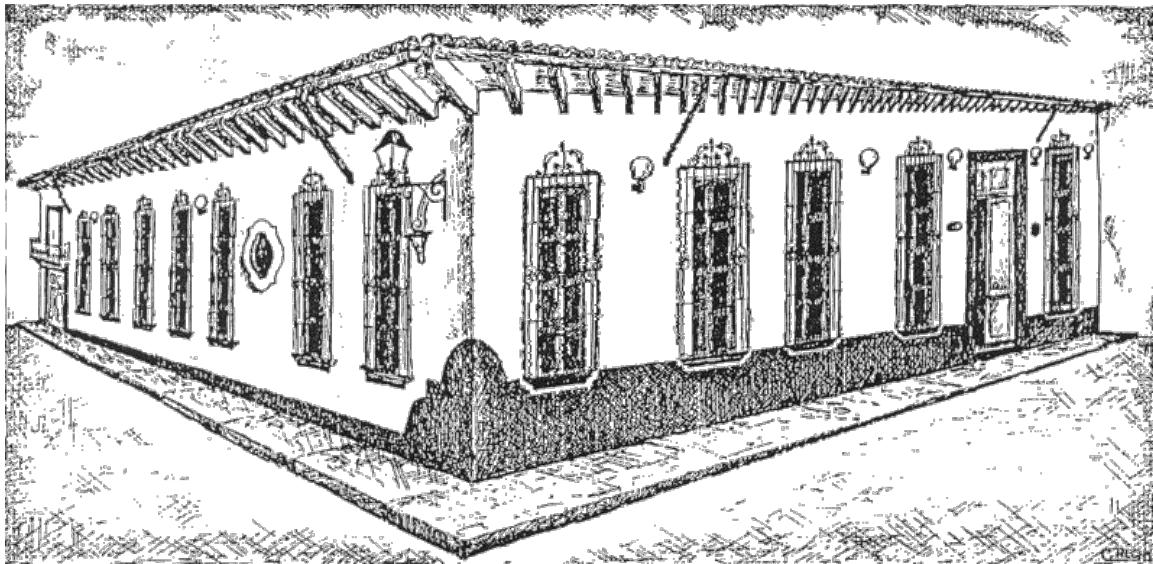


Cuadernos de Trabajo

Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales

UNIVERSIDAD VERACRUZANA



13

Cuerpo y sexualidad. Tres perspectivas
de análisis desde las ciencias sociales

ROSÍO CÓRDOVA PLAZA (Coordinadora)

Xalapa, Veracruz, Julio de 2002

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICO-SOCIALES

Director: Alberto J. Olvera Rivera

CUADERNOS DE TRABAJO

Editor:

Feliciano García Aguirre

Comité Editorial:

Joaquín R. González Martínez

Rosío Córdova Plaza

Pedro Jiménez Lara

Alfredo Zavaleta Betancourt

CUADERNO DE TRABAJO N° 13

© Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales

Universidad Veracruzana

Diego Leño 8, Centro

Xalapa, C.P. 91000, Veracruz

ISSN 1405-5600

Viñeta de la portada: Luis Rechy (†)

Cuidado de la edición: Job Hernández Rodríguez

Julio de 2002

Impreso en México

Cuerpo y sexualidad. Tres perspectivas de análisis desde las ciencias sociales

ROSÍO CÓRDOVA PLAZA (Coordinadora)

Cuadernos de trabajo

**Instituto de investigaciones Histórico-Sociales
Universidad Veracruzana**

Presentación

En este número, *Cuadernos de Trabajo* tiene el gusto de ofrecer a los lectores tres ensayos que abordan el estudio de la sexualidad desde distintas orientaciones disciplinarias. Para su elaboración se seleccionaron los mejores trabajos presentados en el seminario *Cuerpo y sexualidad en la construcción del sujeto*, el cual se brindó como parte del Doctorado en Historia y Estudios Regionales que se imparte en nuestro Instituto. El objetivo del seminario era proporcionar un panorama teórico de la perspectiva constructivista para el abordaje de la sexualidad desde las ciencias sociales, la cual entiende que todas las esferas de la vida humana, no sólo la economía o la política, sino aún aquellos aspectos que consideramos más naturales y biológicamente determinados, como el cuerpo, las pautas de sueño o el erotismo, no se manifiestan a partir de una «naturaleza» universal de hombres y mujeres, sino que son configurados gracias a prácticas concretas sustentadas por un grupo social específico, cuyo complejo cultural vuelve operativa una serie de potencialidades humanas al colmarlas de contenidos.

En este contexto, la sexualidad resulta una de las esferas de la vida social más fascinantes para estudiar la plasticidad del comportamiento humano, en tanto que suele presentarse de manera constrictivamente naturalizada para los sujetos que la practican. Las conductas eróticas y reproductivas exhiben una amplia variedad de formas que varían de cultura en cultura y a lo largo de la historia, pero, al entenderse como producto de la biología, se asumen como las únicas posibles. Hablar de sexualidad nos remite, ciertamente, a un conjunto diferenciado y variopinto de expresiones sociales que permiten el acercamiento no sólo a los aspectos arbitrarios y convencionales que cada configuración cultural exhibe, sino a la variabilidad de los procesos de simbolización mediante los cuales los seres humanos dan sentido a sus acciones.

Esto significa que cualquiera que sea la explicación que un grupo ofrezca sobre el fenómeno del erotismo y de la reproducción humana, ésta se encuentra inserta en una visión relativamente coherente y ordenada del mundo, que involucra concepciones sobre el cuerpo, el género, la fisiología de la reproducción, la forma del deseo y del placer y la “naturaleza” de las emociones. Todos estos aspectos se encuentran enmarcados en sistemas de valores particulares que categorizan lo natural y lo antinatural, lo correcto y lo incorrecto, lo normal y

lo patológico, en función tanto de determinados tipos de personas y relaciones, como de un conjunto de instituciones sociales encargadas de regular su ejercicio.

Sin embargo, esta multiplicidad de manifestaciones no tiene potencialidades de variación inagotable, ya que se encuentra limitada por un número finito de combinaciones susceptibles de ser realizadas por nuestra anatomía que, al menos hasta el momento actual de desarrollo tecnológico, no es posible forzar. Por ello, la simple aprehensión de hechos producto del material empírico directamente observable y codificable a través de esquemas conceptuales específicos, hace que modelos explicativos coincidan, a veces de manera sorprendente, en diferentes sociedades y épocas (Hératier-Augé, 1992:160-1).

Pero, sin lugar a dudas, cualquiera que sea el esquema interpretativo con el que una cultura dé cuenta de la sexualidad humana, involucrará directamente definiciones inmanentes de sujeto, de vínculo social entre individuos y de mundo natural (*ib*:164), y su categorización interactuará con el ejercicio ordenado de la vida sexual en una sociedad, incidiendo en los patrones de la formación de parejas, de las edades apropiadas para el noviazgo y el matrimonio, las formas de galanteo, las tasas de reproducción y la valoración positiva o negativa del sexo no procreativo, no heterosexual o fuera del lazo conyugal. Estas pautas se relacionan con las creencias respecto a la forma del deseo en su diferenciación por género y generación, mismas que impactan sobre la conformación de los grupos familiares (Córdova, en prensa).

El texto que abre este número de *Cuadernos*, apoyándose en un aparato categorial claramente foucaultiano, reflexiona desde la antropología acerca de la manera de abordar teóricamente la sexualidad, al ser un concepto de significados variables y fronteras difusas. Esta ausencia de límites dificulta la formulación de una definición de carácter unívoco que sea lo suficientemente comprehensiva para abarcar, por un lado, todas las manifestaciones humanas entendidas como sexuales desde ópticas particulares y, por otro, lo suficientemente restringida como para no confundir su radio de acción con el de otras categorías sociales. Asimismo, propone que la sexualidad, al ser un punto de confluencia entre la normatividad social y la acción ética de los individuos, puede ser empleada como una herramienta metodológica privilegiada para el análisis de las relaciones de poder entre los géneros. Mediante el empleo de la noción de «cambiente equilibrio de poder», desarrollada por Norbert Elias (1994) en su examen de la condición de las mujeres hacia finales del período de la República en la Roma clásica, argumenta que la sexualidad puede ser contemplada como

un barómetro para estudiar y comparar la magnitud de las asimetrías de género en las diversas sociedades y épocas históricas.

El segundo trabajo presenta, desde la crítica literaria pero incorporando elementos del psicoanálisis y de la sociología, una reflexión sobre la filmografía pornográfica como narrativa, tratando de desentrañar los juegos de verdad en los que se encuentra inmersa. En este tipo de discurso, la fantasía porno se presenta como la expresión auténtica, irreductible del deseo en estado puro, obscureciendo y «maquillando» la sordidez de prácticas que ocurren en la realidad –como la paidofilia, la violación o la mutilación–, como si fueran parte de un ritual de placer no necesariamente consensado, pero en última instancia gratificante para todas las partes. Sin embargo, detrás de la pornografía es posible encontrar la deshistorización de formas consolidadas históricamente de ejercer la violencia simbólica centrada en los cuerpos (Bourdieu, 1999). Como señala la autora, el discurso porno, como parte del dispositivo de sexualidad del que habla Foucault «... se erige no sólo como un mecanismo para promover formas de facilitar resultados de intensificación, orientación y de novedad sobre el deseo mismo, además sostiene formas que presentan a las mujeres como objeto del deseo masculino, la otredad en eterna constancia y disponibilidad».

El último ensayo aborda desde el psicoanálisis una reflexión sobre el papel la construcción del sujeto de la Modernidad, tratando de dilucidar la relación que puede existir entre la concepción foucaultiana del cuerpo, la sexualidad y el sujeto con la perspectiva psicoanalítica. Con estas herramientas, y retomando las ideas de Foucault contra la concepción de sujeto universal, lleva la crítica al señalamiento de este autor en el sentido de considerar que el psicoanálisis opera una reducción al hacer de la sexualidad lo distintivo del sujeto, al tiempo que lo sujeta a una normatización en función de los ideales sociales. En este tenor, el autor afirma que el descentramiento del sujeto absoluto ya había sido planteado por Freud, en tanto suspende «... todo tipo de certidumbre subjetiva imaginaria y [lleva] hasta sus más hondas consecuencias el proyecto nietzsiano de impugnación de todo tipo de ideal» y sugiere que las categorías de cuerpo, sexualidad y sujeto no pueden ser pensadas al margen de la pulsión de muerte, sustentada por Freud. Por último, dirige su crítica a la noción de sujeto indivisible, de in-dividuo, que subyace en algunos planteamientos sobre el cuerpo y el sujeto, a partir de la perspectiva lacaniana.

Estos tres ensayos expresan apenas algunas de las múltiples formas en que se puede tender una mirada reflexiva sobre el papel que el cuerpo y la sexualidad juegan en la manera en que nos posicionamos como sujetos en nuestros tiempos.

R.C.P.
Xalapa, abril de 2002

Bibliografía

Bourdieu, Pierre

1999 *La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona.

Córdova Plaza, Rosío

(en prensa) *Los peligros del cuerpo. Género y sexualidad en el centro de Veracruz*, Plaza y Valdés/BUAP, México.

Elias, Norbert

1994 “El cambiante equilibrio de poder entre los sexos. Estudio sociológico de un proceso: el caso del Antiguo Estado Romano”, en: *Conocimiento y poder*, La Piqueta, Madrid.

Héritier-Augé, Francoise

1992 “El esperma y la sangre: en torno a algunas teorías antiguas sobre su génesis y relaciones”, en: Feher, Naddaff y Tazi (eds), *fragmentos para una Historia del cuerpo humano*, Taurus, Madrid.

Genero y sexualidad. Una propuesta teórico-metodológica para su estudio

*Rosío Córdova Plaza**

Como la gelatina, la sexualidad no tiene más forma que la de su recipiente, en este caso un receptor sociohistórico de significaciones y normas. Y como la gelatina, una vez que ha cobrado forma, ésta es definitiva y difícil de alterar.
(Tiefer, 1994:43)

I. Introducción

La antropología ha manifestado interés por las esferas de la vida social relacionadas con el parentesco, la sexualidad y la organización familiar desde sus inicios como disciplina científica. La atención puesta en el registro etnográfico de los papeles femeninos y masculinos en las diferentes culturas, en la descripción de formas institucionalizadas de regulación sexual o en el inventario de comportamientos exóticos a los ojos de los estudiosos, ha tendido a la formulación de una análisis teórico coherente que dé cuenta del papel decisivo que juegan las prácticas sexuales en la manera en que las sociedades se organizan y otorgan significado a su entorno.

La variedad de manifestaciones culturales sobre el hecho incuestionable de que las sociedades necesitan reproducirse en el plano físico, incorpora dimensiones complejas a la esfera de la sexualidad que rebasan con mucho el ámbito de la biología. Mas aún, el hecho de que cada grupo social defina sus propias normas en materia sexual y establezca fronteras entre lo que considera aceptable y lo reputado como inadmisible indica que, fuera de unos pocos imperativos biológicos, el sexo es construido socialmente, sancionado socialmente y cargado de significaciones socialmente compartidas.¹

Esto nos lleva a considerar a la sexualidad como inmersa en un conjunto de relaciones que operan al interior de configuraciones culturales concretas, donde el

* Doctora en Ciencias Antropológicas. Investigadora del Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales de la Universidad Veracruzana.

¹ Córdova, en prensa.

substrato anatómico es interpretado y canalizado para favorecer la elaboración de formas características de aprehender la realidad. Así, la sexualidad, entendida aquí como el conjunto de tipos específicos de experiencias eróticas y reproductivas posibles en una sociedad determinada, se encuentra configurada por relaciones sociales que van más allá de ella, pero de las cuales es signo y referente a la vez.

La sexualidad se inserta en un conjunto específico de relaciones sociales que posee dimensiones políticas, económicas e ideológicas, estructurado en comunión con un orden de parentesco y propiedad. Esto se traduce en la existencia de un panorama caleidoscópico de taxonomías a partir de las cuales los diversos grupos sociales clasifican, definen y dan sentido a sus comportamientos.

En tal dirección, el presente trabajo pretende abordar dos aspectos centrales para el estudio de la sexualidad: a) reflexionar sobre el carácter teórico del concepto; y b) proponer que la sexualidad, al ser un punto de confluencia entre la normatividad social y la acción ética de los individuos, puede contemplarse como una herramienta metodológica privilegiada para el análisis de las oscilaciones en el equilibrio de poder entre los géneros.

II. El carácter teórico de la sexualidad

Toda cultura concibe sus propias pautas sexuales como configuradas de acuerdo con las exigencias de la Naturaleza y, por lo tanto, innatas y universales. La definición del deseo y de los placeres, las concepciones sobre el cuerpo –su fisiología, sus fluidos, sus fronteras, sus usos- y la mecánica de los intercambios sexuales se perciben como las únicas posibles dentro de los cánones de un grupo. En contrapartida, se apela al carácter no natural o antinatural de aquellas conductas extrañas, impropias o negativamente sancionadas en función de un sistema de valores específico. La Naturaleza y sus dictados, de cualquier manera que sean entendidos por una sociedad en determinado momento histórico, se convierten en legitimadores de un estado de

cosas eminentemente cultural. Lo «natural» más bien se debe entender como lo profundamente arraigado en convencionalismos sociales.²

Boswell analiza las variaciones de los distintos significados de lo «natural» a partir del concepto de Naturaleza con el cual están vinculados en contextos filosóficos e históricos determinados, señalando dos grandes áreas conceptuales:

- a) Ideas relacionadas con el mundo físico y sus fenómenos, tales como la esencia, las propiedades o los principios de las cosas, y lo que existe o sucede sin la intervención humana. En este contexto, las «leyes de la Naturaleza» estarían al margen de la actividad de los individuos, mientras que la noción de «ley natural» se referiría a la sustentada en instintos biológicos propios de la «naturaleza» humana.
- b) Ideas que sostienen que lo natural es lo bueno o lo ideal, aunque no se trate de fenómenos físicos, en oposición a lo vicioso o indeseable, porque la Naturaleza no puede producir el mal por sí misma.³

Desde esta perspectiva, el carácter «natural» del sexo estaría directamente relacionado con dos supuestos: 1) un trasfondo biológico que correspondería al instinto básico, esencial y común a todos los hombres y mujeres; y 2) un trasfondo ético inmutable y universal que dictaría lo moralmente aceptable y valioso.

Sin embargo, no sólo la variedad de comportamientos exhibidos por los distintos grupos es grande, sino que hasta lo que se considera sexual varía de cultura en cultura y a lo largo de la historia.⁴ Más aún, el peso específico que se pueda

² Winkler sitúa la aparición del empleo de argumentos apoyados en la “naturaleza” contra cierto tipo de actividades sexuales alrededor del siglo V a.n.e., como producto del auge sofístico. “Antes de ese momento existieron, sin duda, otras maneras de condonar y condenar el comportamiento sexual, pero el uso de ‘naturaleza’ no parece haberse contado entre ellas” (1994:30).

³ Boswell, 1980.

⁴ Considérese, por ejemplo, el caso de los manchúes documentado por Henderson: “... una madre manchú... chuparía rutinariamente el pene de su hijo pequeño en público, pero nunca lo besaría en la mejilla. Puesto que, entre los manchúes, la fellatio es una forma de comportamiento sexual, excepto en el contexto de una madre y su hijo pequeño, mientras que cualquier clase de beso es siempre sexual. Nos quedamos perplejos porque, en nuestra cultura, la fellatio es siempre sexual, en tanto que el beso en la mejilla entre parientes nunca lo es” (apud Winkler, op.cit.:29).

otorgar a la esfera de la sexualidad no permanece constante, pues existen períodos en los que ha adquirido mayor o menor contenido político o puede expresarse con tintes abiertamente erotizados o escrupulosamente reprimidos.⁵ Porque el sexo puede ser cualquier cosa, salvo un hecho natural.

Por tanto, es difícil encontrar una definición lo suficientemente amplia que integre todas las manifestaciones humanas acerca de la sexualidad y lo suficientemente restringida como para permitir no confundirla con otras categorías que, como la de género, permean la totalidad de la experiencia de los individuos. El problema para llegar a una definición precisa de la sexualidad se ubica, en última instancia, en el carácter que se le otorgue: ya sea como un instinto universal e inmutable, o bien un impulso biológico tamizado por la cultura, o como una construcción social –es decir, arbitraria, mutable y convencional- cuya creación e introyección dependen del aprendizaje y de la simbolización colectiva.

Tiefer ha criticado la concepción moderna de la sexualidad, la cual remite a un impulso elemental, muy individualizado, profundamente sexuado y crucial para la conformación de la personalidad.⁶ Esta premisa parte del supuesto que, despojada de sus adornos culturales, la sexualidad posee una esencia biológica universal, común a todos los individuos. El determinismo biológico fomenta la idea de que el sexo es una actividad instintiva para la cual todos poseemos habilidades innatas, mismas que son despertadas por estímulos similares y que desarrollan idénticos ciclos de respuesta.⁷

Tales concepciones favorecen dos tipos de aproximaciones científicas a la esfera de la sexualidad: por un lado, se intenta buscar la explicación a la conducta humana en el estudio del comportamiento animal, extrapolando los hallazgos de la etología y reduciendo los fenómenos sociales a meros mecanismos de reproducción

⁵ E.g. en el caso del mundo contemporáneo, la sexualidad cobra gran importancia en nuestra definición como individuos, pues no sólo la feminidad o la virilidad, la renuncia o el ejercicio, sino hasta nuestra identidad, orientación, preferencia y tipo de consumo sexuales son factores que nos constituyen como sujetos, al mismo tiempo que objeto de reclamos políticos.

⁶ Tiefer, 1995:passim

⁷ Véase, por ejemplo, Katchadourian, 1993; Masters y Johnson, 1981.

genética o de funcionamiento neuronal.⁸ Por el otro, fomenta una comprensión medicalizada del sexo, que privilegia aspectos fisiológicos y fija rangos estadísticos sobre lo que debe ser la conducta normal y sana.

Un abordaje diferente propone descartar tales esencialismos y considera a la sexualidad como una construcción cultural donde el proceso enculturativo proporciona no sólo las normas y los comportamientos, sino los estímulos y los satisfactores. Esto significa que aprendemos a practicar el sexo de la misma forma que aprendemos a discriminar qué tipo de acciones van a ser investidas de significados sexuales y qué tipo de respuesta erótica van a provocar en nosotros.⁹ En esta concepción, la sexualidad haría referencia más bien a ciertos potenciales humanos que requieren de la acción social para su definición y desarrollo. Es decir que, lejos de suponer una experiencia innata universal que asignase el marbete de impulso, estímulo o placer a las mismas experiencias y que adquiere su versatilidad por la acción represora de la sociedad, la sexualidad, entendida como una de las capacidades vacías de contenido que requieren de contenidos culturales para poder desarrollarse, debe ser abordada desde la lógica de las particularidades culturales.¹⁰ La necesaria activación social de las potencialidades sexuales no sólo hace posible su ejercicio, sino que delimita y constriñe de forma naturalizada la clase de experiencias eróticas que se encuentran al alcance de los sujetos.¹¹

⁸ Para una crítica a estas posturas véase Bleier, 1984; Veuille, 1990.

⁹ Geertz ofrece una explicación del papel del substrato biológico: “En la esfera siempre diagnóstica del sexo... se manifiesta una análoga tendencia evolutiva que va desde series de actividades fijas hacia ‘una creciente flexibilidad y modificación de esquemas sexuales’, una tendencia de la cual representaría una extensión lógica la enorme variación de prácticas sexuales en el hombre. De manera que, en aparente paradoja, una creciente autonomía, una creciente complejidad jerárquica y un creciente imperio de la actividad del sistema nervioso central parecen haberse desarrollado con una determinación menos detallada de tal actividad por parte de la estructura del sistema nervioso central en sí mismo, es decir, intrínsecamente” (1995:76-77).

¹⁰ Mead afirma que “... la evidencia que surge de la sociedad primitiva sugiere que aun impulsos presumiblemente fundamentales, como el sexo... pueden o bien ser reconocidos como existentes sólo en tanto se les niega satisfacción, lo que es motivo de muchos ardientes deseos insatisfechos, o bien simplemente ignorados, en cuyo caso no hay lugar a tales deseos (1994:22-23).

¹¹ Córdova, en prensa.

III. El orden de sexualidad: la normatividad social

Dos distintos niveles de acercamiento al estudio de la sexualidad pueden ser realizados desde la perspectiva de la analítica de la experiencia propuesta por Michel Foucault. Para este autor, la sexualidad se articula en torno a tres ejes «... la formación de saberes que a ella se refieren, los sistemas de poder que regulan su práctica y las formas según las cuales los individuos pueden y deben reconocerse como sujetos de [un tipo de] sexualidad» (1993:7-8). Los dos primeros ejes podrían ser enmarcados dentro de lo que el mismo Foucault ha denominado «tecnologías de poder» y que corresponden a los imperativos sociales, y el último a las llamadas «tecnologías del yo», a partir de las cuales el sujeto realiza una hermenéutica de sí mismo para reconocer una finalidad vital y orientar su conducta en esa dirección (Foucault, 1993).

En el primer nivel, la sexualidad tiene que ver con lo que un grupo considera como natural y pertinente para cada sujeto, en función de la diferenciación que elabora tomando como punto de apoyo el cuerpo sexuado; es decir, con un sistema de género particular, que asigna a los individuos a una categoría simbólicamente establecida, define orientaciones sexuales, grupos de edad y comportamientos asociados a cada una de esas distintas categorías. Por otro lado, la sexualidad se relaciona con la designación de los individuos como sujetos y objetos de deseo, y con la elegibilidad o la proscripción de tipos de personas como compañeros eróticos, es decir, con un sistema de parentesco, que define tanto los papeles sociales como la clase de vínculos que guardan dichos papeles entre sí. En este sentido, género y parentesco se pueden entender como sistemas primarios de clasificación de individuos y de regulación de sus interrelaciones.¹²

Pero, ante todo, la sexualidad se encuentra inmersa en las mismas relaciones de poder que rigen el ordenamiento jerárquico global de una sociedad, a partir de condicionantes económicas y políticas, las cuales establecen quién tiene el derecho de hacer qué a quién, de acuerdo con el papel que cada uno juega en la estructura

¹² Córdova, 1997:14-15.

social.¹³ Así entendida, la sexualidad es una arena política donde se manifiestan las asimetrías de poder entre géneros y entre clases y donde se reproducen los esquemas generales de dominación y subordinación.

De igual manera, la sexualidad se constituye en objeto de interrogación y escrutinio ético que involucra de forma directa un código de valores diferenciado, cuya función es la de prescribir los comportamientos moralmente correctos para canalizar a los individuos en determinada dirección dependiendo del género, la edad y el estatus socioeconómico de cada uno.

Estas tres dimensiones -género y parentesco, organización social y normatividad- se encuentran vinculadas con aspectos ideológicos en sentido amplio, es decir, con concepciones particulares sobre la naturaleza del cuerpo y del deseo y sobre la fisiología del placer y la procreación. Toda cultura define de cierta forma el deseo sexual, el cual guarda relativa coherencia con un orden de sexualidad específico. El poder grupal se trasfunde en el sistema de valores para construir un cierto tipo de sujetos, a partir de la demarcación entre lo correcto y lo incorrecto, lo permitido y lo prohibido, lo natural y lo antinatural, configurando así un cierto tipo de moral que sanciona los comportamientos. La forma del deseo puede presentarse como una bestia amenazante que asecha al individuo desde las profundidades de su alma, como en el caso de la moral cristiana,¹⁴ o bien como una pulsión elemental que nos acompaña a lo largo de la vida, según el psicoanálisis,¹⁵ o quizás presente en un género y ausente o deprimido en el otro, como afirma el discurso puritano.¹⁶ Las nociones sobre el cuerpo se entrelazan con estas concepciones que producen y norman la naturaleza particular del deseo en cada cultura, mismas que condicionan el tipo de disciplinas que será ejercido sobre los individuos para la obtención de «sujetos» –en ambos sentidos del término– genéricamente diferenciados.

¹³ Para Weeks, “el sexo... ha sido, desde hace mucho tiempo, una correa de transmisión para ansiedades sociales más amplias, así como un foco de luchas en torno al poder, uno de los principales lugares de la verdad, donde se define y se expresa la dominación y la subordinación” (1993:39-40).

¹⁴ Brown, 1993; Foucault, 1987; Flandrin, 1981.

¹⁵ Freud, 1973.

¹⁶ Leites, 1990.

Las vinculaciones entre moral sexual¹⁷ y política salen a la luz al contraponer las creencias sobre tal naturaleza del deseo, la licitud o ilicitud de los placeres y la valoración de las prácticas, frente a su asignación a determinadas categorías de individuos y los mecanismos sociales que se ponen en juego para garantizar su seguimiento o sancionar la desviación, en función del género, la edad, la clase o el grupo de pertenencia. Si bien la normatividad sexual ofrece considerable autonomía a los individuos en la esfera de la vida privada, la moral sexual resalta los aspectos que son objeto de preocupación ética y proporciona evidencias sobre la manera en que un grupo problematiza el cuerpo, el deseo y los placeres. Por ello, el análisis de las sanciones, materiales o simbólicas, hacia las transgresiones a una ética específica señala aspectos de la cosmovisión de una sociedad, que pueden, asimismo, involucrar la relación entre la esfera de lo sobrenatural con el mundo material, el eje salud-enfermedad o el ámbito jurídico, entre otros.

El análisis de un orden de sexualidad específico incluye, por lo tanto, el examen del conjunto de normas y prácticas políticas, económicas e ideológicas socialmente aceptadas para cada género y para cada papel social, que otorga sustento a los significados sexuales, es decir, lo que Gayle Rubin ha llamado “economía política del sexo”.¹⁸

IV. El orden de sexualidad: la acción ética del sujeto

Un estudio sobre sexualidad debe, asimismo, abordarse desde la perspectiva del sujeto que la practica, en el entendido que, no obstante la compleja red de poderes en

¹⁷ Foucault define la moral como "... un conjunto de valores y de reglas de acción que se proponen a los individuos y a los grupos por medio de aparatos prescriptivos diversos, como pueden serlo la familia, las instituciones educativas, las iglesias, etc. Se llega al punto en que estas reglas y valores serán explícitamente formulados dentro de una doctrina coherente y de una enseñanza explícita. Pero también se llega al punto en que son transmitidos de manera difusa y que, lejos de formar un conjunto sistemático, constituyen un juego complejo de elementos que se compensan, se corrigen, se anulan en ciertos puntos, permitiendo así compromisos y escapatorias" (1993:26).

¹⁸ Esta autora argumenta que ningún análisis económico y político puede estar completo si no considera a las mujeres, el matrimonio y la sexualidad como parte integrante de la formación de alianzas, sistemas de intercambio, acumulación de riquezas, mantenimiento diferencial de recursos políticos y económicos, etcétera (Rubin, 1986:95 ss).

los que se encuentra inserto, el individuo posee la suficiente autonomía en este terreno como para elegir, ya sea plegar su conducta a los modelos que se le ofrecen, o bien oponerse a ellos. Puesto que el cuerpo es el instrumento más inmediato para expresar la transgresión y la rebeldía a las exigencias de la sociedad, hay que destacar un espacio de actividad del sujeto que involucra la reflexión sobre sus propias motivaciones y objetivos para actuar de una o de otra manera, acatando los dictados que pretenden imponérsele u ofreciéndole resistencia. Por ello, la sexualidad puede ser un espacio donde se ventilen las luchas y las resistencias contra los controles sociales.

Este margen de maniobrabilidad puede representar una fuente constante de peligros que amenazan con trastocar el orden simbólico, por lo que deben existir mecanismos para intentar fijarle límites. Como una parte importante del control sobre las prácticas eróticas se ejerce movilizando el temor y/o repulsión de los sujetos, los comportamientos sexuales no permitidos exhiben fuertes cargas negativas. La sanción a las transgresiones cobra la forma de una serie de nociones culturales sobre decencia, pureza, suciedad y contaminación, cuya función primordial es reforzar la permanencia de unas conductas y frenar la aparición de otras, en aquellos espacios de la experiencia que no admiten otro tipo de controles, o donde los mecanismos existentes no son lo bastante constrictivos para evitar los comportamientos inadmisibles. Estos códigos y nociones, al señalar como válidas algunas conductas y condenar otras, representan una guía de acción para los individuos, porque, como ha afirmado Weeks, las ideas que se tienen sobre lo que es y lo que debe ser el sexo condicionan la manera en que se actúa frente a él.¹⁹

Tales directrices, aún cuando no determinan directamente las conductas, enfrentan las acciones individuales a una evaluación ética sobre el propio desempeño, induciendo al sujeto a realizar una suerte de interrogación sobre su propia actuación de acuerdo con ciertos fines que orientan su conducta. De esta manera, la sexualidad puede proporcionar evidencias acerca de tres tipos de relaciones: 1) las que establece el sujeto consigo mismo, en tanto desarrolla una estrategia para conducir su cuerpo

¹⁹ Weeks, 1998:102.

hacia los fines que considera correctos y valiosos; b) las que se establecen con los otros, porque las prácticas marcan la separación entre lo apreciado como decente y correcto o lo reputado como inadmisible para determinadas categorías de personas; y c) la relación con el Otro simbólico, en tanto se introyectan los significados ofrecidos y se hace del cuerpo signo de lo que se es, pero también de lo que no se es, de manera que el cuerpo se esgrime como medio para trazar una frontera que separe al decente del disoluto, a la mujer recatada de la prostituta, al “verdadero” hombre del “maricón” o “medio hombre”.²⁰

A partir de esta hermenéutica de sí, los costos que acarrea la transgresión a una norma y los beneficios que conlleva su acatamiento son evaluados desde la posición relativa de la acción considerada y del estatus personal de cada cual, tendiendo al máximo aprovechamiento de los beneficios materiales y simbólicos.²¹ El análisis de las prácticas consideradas desviadas, contaminantes, indecentes o sucias puede resultar de indudable utilidad para entender los ejes fundamentales a partir de los cuales un sistema de valores se encuentra estructurado, el grado de libertad o constreñimiento que exige a los sujetos y las diferenciación en cuanto a los umbrales de tolerancia por género, generación, clase social o grupo de pertenencia.

El análisis de un orden de sexualidad desde la perspectiva del sujeto se presenta como un ámbito privilegiado para el entender las relaciones que establece el individuo consigo mismo, con los otros y con el Otro simbólico, porque:

Dada su inmediatez en la vivencia cotidiana, el sujeto pone en práctica los aspectos normativos que ha internalizado -es decir, interpretado y hecho suyos mediante la formación de un sistema de representaciones y símbolos- que se le aparecen como naturales y únicos posibles.

1. Contiene una carga emocional e ideológica que involucra al sujeto a partir de afectos y deseos.

²⁰ Córdova, en prensa.

²¹ Bourdieu, 1991:37-38.

2. El individuo se asume como sujeto de una moral sexual que lo interpela bajo la forma de un "deber ser". La necesidad de adecuación entre el comportamiento individual y las prescripciones, implica para el sujeto realizar una interrogación de sí mismo con respecto a los medios que emplea y los fines éticos que persigue.
3. La transgresión reviste características de conflicto que el sujeto necesita resolver, ya sea mediante la redefinición de su código moral, o mediante la resignificación de sus acciones ante la aceptación de ese código.²²

V. El cambiante equilibrio de poder

El ámbito de la sexualidad resulta de particular importancia cuando se abordan las relaciones entre géneros, porque éste ha sido el *locus* por excelencia de la subordinación de las mujeres. A través de saberes y poderes diversos, el cuerpo femenino ha sido tradicionalmente objeto principalísimo de control social, por la fundamental razón de que las mujeres producen seres humanos que deben ser, a su vez, conformados de acuerdo con un cierto orden social.

Sin embargo, esto no significa que la asimetría entre los géneros sea la misma en todo lugar y que el control sobre la sexualidad de las mujeres se presente siempre de igual manera. La investigación etnográfica se muestra rica en ofrecernos una amplia variedad de formas en las que se manifiestan las desigualdades entre géneros. Así encontramos desde sociedades donde existe una marcada subordinación femenina,²³ hasta aquéllas donde se observa una relativa igualdad.²⁴

Por añadidura, las transformaciones que experimenta una misma sociedad se manifiestan de distintas maneras en las relaciones sociales de los diversos segmentos societarios. De ello se deriva que la proporción guardada entre subordinación y dominio entre individuos y grupos no es estática y sus modificaciones pueden tener importantes efectos en los grados de control social que se ejercen sobre los diversos

²² Córdova, op.cit.

²³ Véase, entre otros, Godelier, 1984; Bourdieu, op.cit.; Knauf, 1992.

²⁴ Por ejemplo, Malinowski, 1975; Ladeira, 1993; Mead, 1994.

tipos de conductas practicadas por sujetos portadores de un género. Así, existe una articulación de múltiples factores que inciden en los procesos de configuración de los patrones sexuales y en los distintos grados y matices en la balanza de poder entre sociedades, entre sectores de una misma sociedad o entre géneros. Los estrechos nexos que mantiene la sexualidad con las diversas esferas de la vida social, hacen suponer que las modificaciones que experimente un grupo conllevarán algún tipo de repercusión en la forma en que se vive y se piensa el sexo. Según Weeks, "... la forma como marcha el sexo es un indicador de cómo marcha la sociedad".²⁵

Para dar cuenta de estas transformaciones, Elias ha acuñado la noción de "cambiante equilibrio de poder entre los sexos" en su intento de encarar los procesos de aceleración y desaceleración hacia la simetría intergenérica, que este autor atribuye a una tendencia civilizatoria de larga duración.²⁶ Esta elaboración puede resultar de extrema utilidad para detectar la dinámica de los diversos procesos que tienen incidencia en los balances de género y su decurso histórico. Si se entienden las relaciones entre hombres y mujeres como una arena de tensión cultural en permanente negociación y reformulación,²⁷ el equilibrio de poder entre géneros puede ser considerado como una ecuación de suma cero donde las posiciones de poder que detenta una de las partes son obtenidas en detrimento de los espacios de autonomía y autoridad de la otra.

En ese sentido, aquí se propone que, al ser un espacio evidente de vigilancia, una fuente de regulación y preocupación sociales, la sexualidad pueda ser contemplada como un barómetro que registra las oscilaciones de poder entre los géneros, donde el control social ejercido sobre el cuerpo de las mujeres y sus potencialidades procreativas será directamente proporcional a la posición que ellas ocupen en la estructura jerárquica de un grupo. Es decir, mientras más acusada sea la subordinación femenina en una sociedad, mayor será el grado de represión que se ejerza sobre la sexualidad de las mujeres.

²⁵ Weeks, 1998:41.

²⁶ Elias, 1994.

²⁷ Bianchi, 1992.

V. Colofón

Debatir teóricamente en torno a la manera como debemos entender la sexualidad no es, ciertamente, un ejercicio banal, porque cualquier cosa que de ello derive tiene claras implicaciones políticas. Turner afirma que todo orden de sexualidad requiere de la regulación de los cuerpos en el tiempo y en el espacio, es decir, de modelos sobre lo que debe ser la sexualidad apropiada y normal.²⁸ Esta normalización se logra “naturalizando” las conductas a través de discursos diversos que van desde preceptos morales o sentencias religiosas hasta pretendidas proposiciones científicas, que pueden presentar contradicciones entre sí, pero que interpelan al sujeto como si el modelo de sexualidad que sustentan fuera el único verdadero, bueno y correcto.

Sin embargo, contemplar a la sexualidad como una construcción social atravesada por diferentes campos permeados de relaciones de poder, permite entender la naturalización del sexo como un arma política de control que excluye y aísla o incluye y normaliza, justificando así señalamientos patologizantes, asimetrías genéricas y hasta cacerías de brujas dirigidas a aquellos individuos que practican comportamientos diferentes o socialmente rechazados. Por ello, la sexualidad puede ser abordada como importante escenario para el análisis de las relaciones de poder y su manifestación en un sistema de valores concreto, donde prescripciones y proscripciones operan como elementos tradicionales de la cultura, pero las resistencias y transgresiones pueden actuar como factores dinámicos de esos mismos contenidos culturales. Es decir, que la esfera de la sexualidad puede ser contemplada como un indicador que registra las transformaciones que experimenta una sociedad.

La sexualidad, como todo aquello que es humano en mujeres y hombres, puede ser entendida como un potencial humano vacío de contenido que requiere de la acción social para desarrollarse, por lo que debe ser analizada bajo la óptica del esquema de vida particular en el que se encuentra inmersa, desecharlo los significados aparentemente unívocos y universales. Sólo bajo esta óptica lograremos llegar al pluralismo ético que Weeks señala como punto de partida adecuado para

²⁸ Turner, 1989.

arribar a una convivencia donde seamos capaces de "... cambiar de una situación en que juzgamos la naturaleza del acto a una en que consideremos el contexto y el significado del acto para los participantes".²⁹

La tolerancia a la diversidad, como uno de los principales imperativos morales de nuestra época, exige de nosotros la búsqueda de definiciones cada vez más flexibles e incluyentes; entre ellas, la de la sexualidad es, ciertamente, necesaria para la garantía de nuestras libertades.

Bibliografía

Bianchi, Susana

1992 "Los límites de la teoría: a propósito de Marcela Lagarde", *debate feminista*, año 3, vol. 5, marzo, México.

Bleier, Ruth

1984 "Sociobiology, biological determinism, and human behavior", en: *Science and Gender. A Critique of Biology and its Theories on Women*, Pergamon Press, Estados Unidos.

Boswell, John

1980 *Christianity, Social Tolerance, and Homosexuality. Gay People in Western Europe from the Beginning of the Christian Era to the Fourteenth Century*, The University of Chicago Press, Chicago.

Bourdieu, Pierre

1991 *El sentido práctico*, Taurus, Madrid.

Brown, Peter

1993 *El cuerpo y la sociedad. Los cristianos y la renuncia sexual*, Muchnik, Barcelona.

Córdova, Rosío

1997 "Sexualidad y relaciones familiares en una comunidad veracruzana", en: *Espacios familiares: ámbitos de sobrevivencia y solidaridad*, Premio 1996 de Investigación sobre las Familias, PUEG/CONAPO/DIF/UAM-A, México.
en prensa *Los peligros del cuerpo. Género y sexualidad en el centro de Veracruz*, BUAP/Plaza y Valdés, México.

²⁹ Weeks, op.cit.:117.

- Elias, Norbert
 1994 "El cambiante equilibrio de poder entre los sexos", en: *Conocimiento y poder*, La Piqueta, Madrid.
- Flandrin, Jean-Louis
 1981 *Le sexe et l'occident. Évolution des attitudes et des comportements*, Seuil, Paris.
- Foucault, Michel
 1987 "La ética del cuidado de uno mismo como práctica de la libertad", en: *Hemenéutica del sujeto*, La Piqueta, Madrid.
 1991 *Tecnologías del yo. Y otros textos afines*, Paidós/UCE-UAB, España.
 1993 *Historia de la sexualidad 2. El uso de los placeres*, Siglo XXI, México.
- Freud, Sigmund
 1973 "Sobre la sexualidad femenina" en: *Tres ensayos sobre teoría sexual*, Alianza, Madrid.
- Geertz, Clifford
 1995 *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona.
- Godelier, Maurice
 1986 *La producción de grandes hombres. Poder y dominación masculina entre los baruya de Nueva Guinea*, Akal, Madrid.
- Katchadourian, Herant A.
 1993 *La sexualidad humana. Un estudio comparativo de su evolución*, FCE, México.
- Knauft, Bruce
 1992 "Imágenes del cuerpo en Melanesia: sustancias culturales y metáforas naturales", en: Feher, Naddaff y Tazzi (eds.), *fragmentos para una Historia del cuerpo humano*, Taurus, Madrid.
- Ladeira, Maria Elisa
 1993 "Las mujeres timbira: control del cuerpo y reproducción social", en: González, Soledad (coord.), *Mujeres y relaciones de género en la antropología latinoamericana*, El Colegio de México, México.
- Leites, Edmund
 1990 *La invención de la mujer casta. La conciencia puritana y la sexualidad moderna*, Siglo XXI, España.
- Malinowski, Bronislaw
 1975 *La vida sexual de los salvajes del noroeste de la Melanesia*, Morata, Madrid.

- Masters, William y Virginia Johnson
1981 *Respuesta sexual humana*, Intermédica, Buenos Aires.
- Mead, Margaret
1994 *Adolescencia y cultura en Samoa*, Paidós, México.
- Rubin, Gayle
1986 “El tráfico de mujeres: notas sobre la ‘economía política’ del sexo”, *Nueva Antropología* núm. 30, México.
- Tiefer, Leonore
1995 *El sexo no es un acto natural y otros ensayos*, Talasa, Madrid.
- Turner, Bryan S. 1989 *El cuerpo y la sociedad. Exploraciones en teoría social*, FCE, México
- Veuille, Michel
1990 *La sociobiología. Bases biológicas del comportamiento social*, Los noventas 35, CONACULTA/Grijalbo, México.
- Weeks, Jeffrey
1993 *El malestar de la sexualidad. Significados, mitos y sexualidades modernas*, Talasa, Madrid.
- 1998 *Sexualidad*, PUEG-UNAM/Paidós, México.
- Winkler, John
1993. *Las coacciones del deseo. Antropología del sexo y del género en la antigua Grecia*, Manantial, Buenos Aires.

La pornografía: ficción y violencia simbólica sobre los cuerpos.

Alba H. González Reyes

Exageramos el apetito sexual que hay en nosotros para que ocupe el lugar del amor que sentimos de modo insuficiente.

Graham Greene, Notes on Turgenev

I

Hablar sobre sexualidad resulta, para quien escribe este ensayo, motivo de atracción y conflicto simultáneamente. Tal contrariedad no es para menos cuando se trata de hablar de la inmensa problemática que gira en torno a los individuos y su corporalidad; y más aun, cuando la pretensión se halla en exponer como el cuerpo humano sexuado puede representarse desde filmes pornográficos³⁰ a modo de ficción es decir:

Un discurso representativo que ‘evoca un universo de experiencia’, sin guardar una relación de verdad, sino de verosimilitud o ilusión de verdad lo que depende de la conformidad que guarda la estructura [del film] con ciertas reglas culturales de la representación que permiten al lector –según su experiencia con el mundo- aceptar a la obra como verosímil, distinguiendo así lo representativo de lo verdadero, de lo erróneo y de la mentira³¹.

Parafraseo a Baudrillard al decir que acaso la pornografía sea una alegoría, un encadenamiento metafórico que persuade a una sobresignificación para ocuparse de lo más prominente. Al rebasar los límites, la pornografía nos introduce, en cierto

³⁰ Para explayar nuestro entendimiento del tema de la pornografía y ubicarlo en nuestro eje de estudio, se hace pertinente, por principio, definirla. Si nos acercamos a las raíces de la palabra, etimológicamente del griego *porne* significa puta y *graphos* escribir acerca de o decir acerca de, esto nos remite al siguiente significado, la escritura acerca de prostitutas; pero para mayor definición, se refiere a escritos o imágenes cuya principal finalidad es la excitación sexual. El término pornografía entra en uso a fines del siglo XVIII, producto de la tecnología y la modernidad. Una obra pornográfica –nos referimos específicamente al ámbito del film- representa actos que involucran al sexo con un atractivo directo, con mensajes que por lo general no confieren fronteras de los riesgos físicos, estimulando la fantasía que habitualmente se resuelve con actos reales, ya solitarios o bien sociales. Véase H. J. Eysenck. *Usos y abusos de la pornografía*, pp. 152, 153.

³¹ Véase a Helena Beristain., *Diccionario de retórica y Poética*, p.208.

sentido, a las expresiones de un lenguaje no oficial que señalan un carácter valorativo de orientación francamente sexual, una especie de arte grotesco.

Representación expuesta ante el público que produce el deseo de desencadenar acciones, estimulando un tipo específico de interacción corporal. Las categorías y criterios adoptados para la elaboración de esas imágenes organizan la imagen de la mujer de un modo inexorable: el cuerpo como objeto de deseo masculino. Expresiones de arrebato carnal, personificaciones de un mundo imaginario que plantea la cuestión de cómo en esa práctica social denominada pornografía, las representaciones de lo extravagante y lo exótico sostienen formas específicas de un conocimiento ambiguo entre el deseo, el placer y la violencia simbólica.

Aquí no se hace referencia a lo que el receptor puede “hacer” sexualmente, sino a su anticipación, lo que el receptor “ve” sexualmente; es decir, escenas que de manera general dejan de lado la estética para mostrar la actividad y prácticas de manipulación y encuentro de genitales entre diversos personajes. La esfera de realidad es liberada por el efecto que crea una cámara zoom para dar paso a una representación instantánea y espectacular del sexo en estado puro, despojando al erotismo de su preponderancia. Arrebatadora como es, la pornografía quita a la virtualidad el poderío de su imagen ilusoria, porque el sexo tan cercano se confunde con su propia representación. El porno es la síntesis artificial de la referencia, cuadros hiperrealistas con alucinación del detalle, vouyerismo del primer plano que no contempla al erotismo en sus posibilidades más plenas, pero define su sofisticación en una sola palabra: sexo.

Lascivia con figura de mujer, se trueca en alteridad desnuda regida por los patrones de jerarquía, fabricada como una de las tantas líneas de representación estereotípica dentro del mundo social, para alejarnos del aburrimiento y la monotonía. Simulacro con juego de máscaras que deja mostrar lo evidente.

II

Las argumentos de validez y ciencia pueden considerarse muy distantes de este tipo de filmes, pero la pornografía depende en gran medida de sus afirmaciones al ofrecernos representaciones “auténticas” del acto sexual. En principio, puede darse por sentado que este tipo de películas aseguran, de un modo inmediato e innegable, los deseos que brotan y circulan en el reino imaginario, al guardar una relación nada imposible con la experiencia de vida.

Las escenas de relaciones sexuales en sí son narrativas en miniatura por derecho propio, con un principio, desarrollo y final definidos y aunque dejan poco por resolver, quedan abiertos a la repetición. Su lógica prevalece en tanto que las acciones tienen un poder explicativo completo³². En general, la estructura narrativa de este tipo de filmes exhibe una organización que promueve la economía de conflicto, su resolución no se basa en la lógica de problema/solución de las películas de largo metraje, más bien, este tipo de economía tiene una dinámica en forma de ambivalencia y paradoja.

Ambivalencia en el sentido de que aunque la historia los maquille, los actos sexuales de los ejecutantes se establecen en la autenticidad; se desaprueban las formas de truco empleadas para aparentar peligro físico o acción arriesgada en la mayoría de las ficciones, del igual manera se rechaza la profilaxis que salvaguardaría el bienestar de los protagonistas³³.

La paradoja³⁴ tiene una particular importancia en la secuencia de estas imágenes, en la medida que el sexo se torna el eje de la cadena de acciones, reconociendo la reiteración del acto sexual como algo “normal” y ostenta, sobre todo en los personajes femeninos, una presteza excesiva hacia el goce tal si fuera un estado

³² Christian Hansen, et. al., “Pornografía, etnografía y los discursos del poder”, en *La representación de la realidad*, p. 270

³³ Christian Hansen, et. al., “Pornografía, etnografía y los discursos del poder”, en *La representación de la realidad*, p. 260.

³⁴ Al interior de la retórica, la paradoja es una figura de pensamiento que altera la lógica de la expresión pues aproxima dos ideas opuestas y en apariencia irreconciliables, que manifestarían un absurdo si se tomaran al pie de la letra, pero que contienen una profunda y sorprendente coherencia en su sentido figurado.

espontáneo, aspecto que en la realidad es absurdo. La exposición redundante de la actividad sexual es precisamente el motor que ataja o desplaza la lógica de la trama. La abundancia de íconos del deseo sexual –cuerpos jóvenes y atléticos; ropa informal pero a la moda o bien lencería fina; espacios domésticos cómodos; naturaleza rústica, etc.- acompaña al comportamiento de personajes masculinos y femeninos en pos del placer. El sexo “placentero”, valorado en acomodo de la gratificación personal y el deseo de más, más y más sexo, establecen el objetivo primario.

En este universo simbólico, la presentación de imágenes hiperbólicas dan cuenta de una utilidad que vale como afirmación para dar sentido al significado de la hombría, asimismo lo femenino y lo frágil funcionando como otredad. Por ejemplo, un personaje masculino de gran musculatura, incluyendo extravagancias genitales, ejercita posturas forzadas, en ocasiones ridículas, con meta a procurar el goce de numerosas mujeres, no para especular sobre la funcionalidad genital, más bien para mostrar que la masculinidad se rige por una actitud de potencia y cumplimiento, comprobación que llega en un momento de catarsis libidinosa y en apoyo, las características recurrentes en la pornografía se proponen sobre un ideal específico:

estrellas semiindividualizadas; ausencia de malvados (los hombres, no compiten por las mujeres sino que las comparten o se encuentran con que las mujeres se niegan a hacer discriminaciones entre hombres disponibles); mujeres como donantes <<de experiencias>> (contribuyendo al progreso de las aventuras en serie del protagonista), o, si la mujer es la protagonista, los hombres como donantes <<educativos>> (contribuyendo a que ésta acumule experiencia y entusiasmo sexuales); falos incansables y eyaculaciones copiosas y visibles de semen como resolución más común al suspense narrativo.³⁵

En el campo de la ficción pornográfica existe una escalada de niveles argumentativos que van desde la forma más escueta y presentan sólo escenas continuas, ofreciendo acciones variadas de actos gestuales. La lógica del argumento concede prioridad a la exposición de los cuerpos en un juego de planos variante en su ubicación -por encima del hombro o cercanía del objetivo a los cuerpos-, exponiendo zonas definidas. El aislamiento en los primeros planos favorecen la proximidad de

³⁵ Chistian Hansen, Catherine Needham y Bill Nichols, “Pornografía, etnografía y los discursos del poder”, en *La representación de la realidad*, p. 270.

labios, pechos, piernas, nalgas, vulvas, clítoris y penes de tal modo que parecieran adquirir independencia del personaje. El primer plano otorga la sensación de inmediatez con los cuerpos, aumentando así el efecto de proximidad y acceso a pruebas visibles de la práctica sexual, soslayando el ritual de cortejo entre los personajes, suceso que en otro tipo de películas, como en el caso de películas de corte erótico se realiza.

Otra forma es la de narrar una serie historias sencillas (generalmente 4 o 5 de aproximadamente 25 minutos cada una de ellas), dando cuenta de una fábula, es decir, de una cadena de acciones representadas en un orden cronológico ideal, tal como se hubieran practicado en la realidad. En este caso, los personajes masculinos desempeñan papeles variados -de empleado, padrastro (padre), profesor, hermanastro (hermano), ladrón, etc.- haciendo necesariamente uso de un registro lingüístico diferente en cada papel, representando indicativos de patrones de cultura con la actividad sexual justificándose como modelo.

En otras ocasiones, las películas pornográficas utilizan las historias de del cine comercial a modo de parodia, cambiando la estructura clásica de la aventura, la historia de amor y el desenlace, por la aventura sexual y la historia de amor carnal. Los encuentros sexuales son una respuesta a eventos previos de la historia, la cual suspende provisionalmente el avance lineal de la trama con un desenlace que queda ilustrado por imágenes de arroamiento orgásmico a menudo acompañadas por gritos extáticos.

La palpable evidencia de la laxitud para definir las reglas de una relación sexual en este tipo de filmes, donde los personajes se entregan al sexo únicamente por mutua atracción puramente sexual, incluyendo parafilia³⁶, tiene la función de apoyar la atracción del receptor interesado. Esa “condescendencia” respecto al ejercicio de la fantasía pornográfica, en el contexto de la ideología, es la de un

³⁶ Las parafilias, siguiendo la definición de William H. Masters y Virginia E. Jonson, son prácticas recurrentes en el que la excitación sexual y la gratificación del individuo se supeditan por entero a la fantasía o al acto insólitos que se convierten en el foco principal de la conducta sexual. La parafilia puede girar en torno a un objeto sexual concreto: niños, animales, ropa interior, etc., o a un acto sexual determinado: infilir dolor, realizar llamadas telefónicas obscenas, etc.

escenario ilusorio que opaca y maquilla la magnitud de las condiciones indiscutiblemente alarmantes que recorren nuestra sociedad.

La relación entre la fantasía que produce la ficción pornográfica y el problema en la realidad disimulada -por ejemplo el mercado negro de filmes, utilizando niñas o niños como protagonistas-, es mucho más ambigua de lo que pudiera parecer. La fantasía oculta esa cuestión, pero al mismo tiempo alude sobre aquello que pretende ocultar, porque el mismo discurso mueve a una motivación sublimada. En el uso de los cuerpos del Otro –mujeres, niños (as), ancianos (as), minusválidos incluso, la violencia se presenta como un discurso “normal”, una descarga, una liberación de la tensión masculina. Por ser considerada ficción, la violencia entre atacante y víctima no es considerada real, sino una simple transferencia contra un objeto disponible. La ficcionalización oculta el conflicto específico de una dinámica cargada de poder, en la que la relación social entre lo que se considera de ordinario masculino y la otredad, se atribuye más a una autoridad disfrazada de cualidades determinadas por el físico, como parte de la aceptación a lo que por cultura se cree “natural”.

El cuerpo del Otro se mueve en relaciones de poder y de dominación, y como fuerza de producción de fantasías y deseos se implanta en la tecnología política, con disposiciones de abuso de una industria que en la ilegalidad, otorga un ejercicio “laboral” a los individuos de diversas edades. La explotación del cuerpo como fuerza de trabajo es cometida a través de una violencia más sutil; por medio de la representación, el cálculo organizado orienta hacia un orden en el funcionamiento y la docilidad corporal³⁷.

III

La ficción pornográfica necesita de la mirada indagadora de un receptor-consumidor atraído por ese mundo fantástico donde el sexo reina para perturbar y colmar de goce

³⁷ Michel Foucault, “El cuerpo de los condenados”, en *Vigilar y Castigar*, pp. 11-37

haciendo de lado cualquier intermediación o disimulo; imágenes obvias sin resquicios de pudor en medio de un sistema de clasificación que refuerza una forma masculina de ver la sexualidad³⁸. Mirada masculina no tanto porque el público receptor sea único de varones, sino que la ficción pornográfica tiene su proceso de creación y de consumo preferentemente para hombres.

El carácter inocente de la mirada del observador es, de cierta manera inexistente, ya que ella percibe en función de su existencia histórica concreta, es decir de su participación real en el conocimiento básico del propio cuerpo y el del otro. Conviene atender un detalle importante, la vista es el umbral del sexo porque introduce y estimula; pero al mismo tiempo, la vista supone siempre una distancia entre el contemplador -masculino- y lo contemplado -femenino. Ciento, la percepción del sexo como modo de dominio masculino también tiene su historia. De la imagen del cuerpo femenino se mantiene la idea de debilidad, languidez, disposición permanente y una voluntad frágil se conserva porque esa es la mirada que de ella tiene el hombre. Lo activo *versus* lo pasivo. Como bien ha escrito Sergio Pérez Cortés, “no hay cuerpo, sino al interior de una experiencia social, en la que se construye un saber sobre el sujeto, de cómo puede y debe ser pensado”³⁹. Desde los siglo XVII y XVIII, los discursos científicos, literarios y populares han reflexionado en torno a la naturaleza sexual, pero en el XIX, con el hincapié interpuesto en la mirada, el sexo obtuvo su clímax en el enfoque mucho más visual.

Con la visualidad y la razón objetiva se enseñó una nueva política sexual en el mundo moderno: el cuerpo humano se volvió más autónomo y consciente de sí mismo y la emoción quedó relegada a un segundo plano, esto implicó un disminuir en su importancia. La dualidad cuerpo emoción se escindió entre razón-emoción y marcó también la polaridad entre masculinidad y feminidad. La consideración de que la razón era masculina, y la emoción femenina, marcó también una ruptura en los áreas específicas de la sexualidad y el erotismo, una división del ser en el que la agresividad, conquista, valoración, autodependencia, fueron consideradas como

³⁸ González Ascencio, Gerardo, “Pornografía y violación”, en La violencia de género en México, un obstáculo para la democracia y el desarrollo, pp. 30-31.

³⁹ Sergio Pérez Cortés, El individuo, su cuerpo y la comunidad, *Alteridades*, pp.13-23

viriles, mientras que la docilidad, imprecisión, dependencia y disponibilidad eran características propias de la feminidad⁴⁰.

Tal cisma se reflejó también en el campo comercial que, con la estimulación por los avances tecnológicos de la impresión, pudo producir de manera masiva imágenes pornográficas y por un crecimiento en la demanda del mercado, adoptó proporciones de industria. Al respecto, Donald M. Lowe escribe en su *Historia de la percepción burguesa*:

El cuerpo femenino había sido habitualmente el tema en el retrato de desnudo, hecho por varones para disfrute de varones [...] en el siglo XIX, el desnudo fue, más aún, objeto erotizado [...] bajo la presión de la visualidad, la convención se había desgastado y no era ya sino un pretexto hipócrita [...] de supuesta virilidad masculina e infinita disponibilidad femenina. Era una fantasía masculina exclusiva, [elaborada] por hombres para hombres, en que la sexualidad masculina se volvía quebradiza y agresiva, y se lanzaba a interminables conquistas. Y sin embargo, la masculinidad masculina no podía superar la disponibilidad femenina. Tras las interminables conquistas [...] se encontraba el temor del macho hacia la hembra insaciable.⁴¹.

Es este proceso de la experiencia social es donde se definen también la relación que une al sujeto con su propio cuerpo y donde se precisa nuestra herencia visual. Así, la imagen de la mujer experimenta una recomposición en la líneas de producción fantástica en el imaginario social. Si acaso la elocuencia sexual fue, durante la primera parte del XIX, un secreto de alcoba, a finales del siglo salió de ese ámbito privado hacia la popularización y a la distancia de cien años se reconoce la total apertura en la expresividad sexual.

IV

Después de esta digresión y prosiguiendo con su narrativa, la fantasía pornográfica tiene la preferencia a deleitarse gráficamente, conservando el ritmo temporal de suspense y resolución de manera acotada. El suspense es un

⁴⁰ Alba H. González R., Capítulo IV, en El ser femenino y las imágenes eróticas en santa de Federico Gamboa, p. 196.

⁴¹ Donald M. Lowe, Historia de la percepción burguesa, pp. 200, 201.

procedimiento cinematográfico que ofrece a la trama el efecto de sentimientos o sensaciones. Sobre este Seymour Chatman es más explícito: “incertidumbre, a menudo caracterizada por la ansiedad. El suspense normalmente es una mezcla extraña de dolor y placer...que acumula tensión y un deseo irresistible de saber que sucede...”⁴². Esto significa que al interior de la trama pornográfica, por muy sencilla que ésta sea, existe una actitud tensa y expectante producida en el receptor. Para ejemplificar el suspense se puede mencionar a la forma específica de perversión, el masoquismo con su lógica de contrato entre víctima y victimario, asumiendo cada uno el rol correspondiente. Las escenas porno recurren al masoquismo porque él es característicamente teatral; la violencia está en gran medida simulada, e inclusive cuando es real, opera como un componente del acto, tal su fuera parte del simulacro teatral; aún más, la violencia nunca es llevada hasta su punto culminante, siempre es detenida, “el surrealista juego masoquista apasionado, que suspende la realidad social, encaja sin embargo fácilmente en la realidad cotidiana [...] El masoquismo nos confronta con la paradoja del orden simbólico, en el orden de las ficciones: hay más verdad en la máscara que llevamos que en lo que se oculta tras ella”⁴³.

Siguiendo con la idea de que una narración sin trama es lógicamente imposible, la ficción pornográfica, por muy breve que sea, tiene una historia aunque no involucre una incógnita compleja, presentando sucesos que siempre se resuelven. Así, la resolución consiste, esencialmente, en presentar un estado de cosas que se concluyen feliz o trágicamente. El desarrollo en la resolución necesita de una esfera temporal.

V

⁴² Seymour Chatman, “Suspense y sorpresa”, en Historia y discurso. La estructura narrativa en la novela y el cine, pp. 62, 63.

⁴³ Slavoj Žižek, “El amor cortés, o la mujer como cosa”, en *El acoso de las fantasías*, p. 221.

La ficción pornográfica depende de imágenes basadas en motivos e intenciones que no pretenden una responsabilidad en el aspecto social, donde la imagen del cuerpo femenino, se convierte en iconos del deseo masculino⁴⁴.

El filme de ficción pornográfica presenta una gran gama de representaciones que sirven para simbolizar a la mujer como una figura con diversas formas estereotípicas –como la femme fatale, la madonna, la virgen, la esposa, la colegiala, la hijastra, etc.-, de suerte que emergen totalmente incorporadas en numerosas historias, moldeando parte de diversas propuestas ideales utópicas respaldadas por las mismas tendencias discursivas que suscriben su construcción y contradicen la identidad ya de género, raza o clase.

Las imágenes son proyecciones de deseos que emergen como parte de una economía de acontecimiento, asimismo sirven como simulacros pragmáticamente útiles de lo “verídico”. Las figuras pornográficas hacen que las cosas, cualquiera que estas sean, ocurran; son vehículos de un deseo que inexorablemente “domestica” o “normaliza” las fantasías sexuales; con frecuencia se admiten tan inaccesibles, como algo que “realmente no puede suceder”, pero se atribuyen una creencia de goce que se transmite mediante mitos que las estructuran.

Así funciona la verosimilitud, las prácticas sexuales existen como tales en tanto que los miembros de la comunidad crean en ellas; el sexo es literalmente un producto de ella misma. No es necesario dar demostración e insistir sobre la verdad de las creencias, por el simple hecho de que tiene sentido en la práctica social es que están ahí⁴⁵. Creencias que se confirman en las diferentes dimensiones del mundo de la vida: primero, en el imaginario que es el dominio de la imágenes que identificamos y que capturan nuestra atención; segundo, en lo simbólico que se encuentra en el campo del lenguaje, de la estructura simbólica y tercero con la comunicación y en lo real, espacio donde se representan y se viven.

⁴⁴ La elección por la imagen de la mujer en los filmes porno se debe, en cierto modo, a la comodidad que implica. Si bien la industria pornográfica también hace uso de íconos masculinos y presenta historias de corte homosexual o lesbica, este rubro exige un tipo de análisis diferente.

⁴⁵ Slajov Žižek, “La obscenidad del poder”, en *El acoso de las fantasías*, pp. 45, 46.

A través de las imágenes visuales porno, los cortos y breves linderos del símbolo sostienen la eficacia de la lógica sobre la representación del sexo y alimenta sus creencias en patrones de relación social que nos proporcionan ideales culturales o visiones estereotípicas de género. Enfatizar en esta forma “construcciónista” sobre el sexo necesariamente me envía a citar a Thomas Laqueur quien, desde el ámbito de la historia, propone analizar el concepto de sexo como una construcción social, partiendo de la idea que es en el cuerpo biológico donde se crean los signos que conforman la constitución de género y sus significados.

La conveniencia en las diferencias fundamentales entre los sexos masculino y femenino, entre hombre y mujer, se va a sostener en distinciones biológicas observables y va a ser el lenguaje el campo desde donde se proyectará la perspectiva de la diferencia sexual. Diferencia en lo físico y lo moral, siendo lo masculino el tipo básico. Laqueur realza su interés particular del cuerpo no como cuerpo transcultural real, sino como un espacio de representaciones. Así, el cuerpo se ve desde un razonamiento de suyo cultural y por ende, el sexo deviene producto de un contexto y momentos culturales, de tal modo que es imposible aislarlo de su medio discursivo⁴⁶.

Y quien mejor que Michel Foucault para argumentar que hemos sido testigos de la aparición de una economía discursiva diseñada para normalizar la sexualidad. Un discurso dominante que se infiltra para regular las formas de cómo hablar de sexo, de los modos de construir y difundir las ideas que al respecto se establecen y llega hasta los sujetos con efectos de rechazo o desprecio, pero también de incitación o incremento para el control del placer⁴⁷.

Con el establecimiento social de la pornografía, el discurso del sexo se erige no sólo como un mecanismo para promover formas de facilitar resultados de intensificación, orientación y de novedad sobre el deseo mismo, además sostiene formas que presentan a las mujeres como objeto del deseo masculino, la otredad en eterna constancia y disponibilidad.

⁴⁶ Thomas Laqueur, *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud.*, pp. 9-53.

⁴⁷ Michel Foucault, *Historia de la sexualidad I*, pp. 30-32.

Que el discurso dominante interprete los cuerpos de manera jerárquica, evidencia un lenguaje que posibilita moldear el panorama de la diferencia sexual, distinción ya presente en el modo cómo construimos su significado. Desde la literatura o el film se descubre que los dilemas interpretativos sobre el sexo incorporado no son precisamente distintos de lo ya mencionado.

En la escritura o la creación de imágenes cinéticas se manifiesta también la lógica que impone la visión de la diferencia entre el significado del ser masculino o femenino, es más, las representaciones en general otorgan esa semántica. No solamente las actitudes hacia la diferencia sexual generan y estructuran los textos literarios o ilustraciones filmicas, también los textos y los filmes pornográficos generan la diferencia sexual, entre la figura masculina y la del otro.

Lenguajes de la sexualidad desde un tratado de revisión médica, pasando por normas paternales de comportamiento, siguiendo por las garantías imaginarias de independencia sublime que sugiere la pornografía, todos ellos circulan en torno al placer y el poder; “el poder que se reafirma en el placer de alardear, escandalizar o resistir. Estas atracciones, estas evasiones, estas instigaciones han trazado en torno a cuerpos y sexos, no límites, sino perpetuas espirales de poder y placer”⁴⁸. Tal vez existan pornografias con propuestas alternativas al estatuto de la alteridad, no lo sé, pero se da por seguro que las clásicas no lo hacen.

El poder y el conocimiento se entrelazan en torno a la satisfacción y el conocimiento carnal, a través de tecnologías: discursos, disciplinas, instituciones, prácticas sociales. Tecnologías que definen regulan y distribuyen volúmenes de conocimiento; ellas son la base material donde se encuentran el saber y las creencias, herramientas de producción de conocimiento carnal imperativo y evidente que transporta a las dimensiones de la fantasía que libera de la cotidianidad hastiada y rutinarias costumbres⁴⁹; no obstante, lo femenino como el Otro sigue ahí incorporando aquello que no puede reconocerse o admitirse dentro de la cultura que lo engendra. En la figura femenina se encarnan ociosidades exageradas, el hambre de

⁴⁸ Michel Foucault, *op. cit*, p. 45.

⁴⁹ Michel Foucault, “Las tecnologías del yo”, en *Tecnologías del yo y otros textos afines*, pp. 45-47.

poder sin commiseración, el apetito tenaz por la sexualidad, la perenne disponibilidad sin control ni reserva moral, porque el orden y el control le llega por la vía dominante en la figura del varón, héroe de abultados músculos, hiperbólicas vergas erectas y rebosamientos seminales.

En la pornografía, el personaje masculino aparece como agente activo, que mira a las mujeres, persiguiendo una causa final: la conquista de su naturaleza. En oposición la mujer está ahí para que se le tome, su deseo invariablemente quedará definido en una relación de diferencia con respecto al héroe fálico.

El comercio de la pornografía -como parte de las tecnologías del conocimiento- no sólo representa, también reafirma un orden masculinista universal, un orden falocéntrico simbolizado por el deseo masculino, naturalizando la identidad como algo reconocido: el blanco arrogante pero distante, el latino seductor y falsario, el negro hipersexual y atlético, el oriental enigmático y frío, el indio salvaje y bárbaro, pero todos ellos con un potente miembro, prueba visible de su poder en la sexualidad.

Como bien escriben Chistian Hansen, Catherine Needham y Bill Nichols:

El falo representa la sexualidad y el poder. Todos los hombres desean lo mismo, como dan a entender las actividades de sus penes. Esas actividades socialmente construidas elevan el órgano al nivel de un significante, el falo. El falo ofrece un indicio o estándar de poder y autoridad. El pene como falo –símbolo de potencia sexual- es la <<auténtica>> estrella, homenajeada en innumerables primeros planos. Una película pornográfica es en muchos sentidos la historia de un falo... allí donde el falo no tiene una historia que contar, no hay pornografía comercial.⁵⁰

Así, el falo se convierte en el elemento central de la puesta en escena. Tras incessantes momentos de ejercicio dedicados a su estimulación, llega el momento que se verifique su “potencialidad”: *le petit mort*. Al llenar el encuadre de la pantalla con su descarga, se evidencia el signo expansivo y manifiesto, garantía para el espectador que tal acto se efectuó realmente. Legitimación que se asegura por derecho en este modo de representación, pudiendo, de paso certificar al receptor su estado interior y

⁵⁰ Chistian Hansen, Catherine Needham y Bill Nichols, “Pornografía, etnografía y los discursos del poder”, en *La representación de la realidad*, p. 269.

subjetivo. La representación de la eyaculación masculina aparece de manera “natural”, tal como lo dicen Berger y Luckmann tal si fuera una actitud natural porque así es el modo de la conciencia común, precisamente porque las representaciones refieren a un mundo que es común a los hombres. Un mundo que se origina en los pensamientos y las acciones, y que está sustentado por estos. Cabe recordar que es en la elaboración de esquemas tipificadores que la aprehensión de lo incorporado en uno y en el otro, adquiere significado⁵¹.

De eso depende la pornografía, de crear la impresión de realidad, es importante que los eventos tipifiquen el ámbito particular de las prácticas sexuales que representan. Así, el valor simbólico del poder de la eyaculación sobre el cuerpo del otro –la mujer- y la creencia del dominio en la potencialidad, encuentra su eficacia, sobre los montajes del lenguaje no verbal, movimientos, miradas, posturas corporales, y también en el verbal con palabras imperativas, analogías con un orden establecido, visible y “natural”. Este ideal del deseo siempre renovado y continuamente satisfecho, como ya se escribió en líneas anteriores, ofrece la perpetuación del deseo incorporado en lo femenino con su forma de constante servicio al placer y su perpetua disponibilidad, concepción estereotípica de la insaciable hembra “chupa falos y come hombres”.

La política incorporada y convertida en práctica permanente de una cierta manera de pensar y sentir lo femenino, es lo que los agentes sociales –productores, personajes, público- captan de la visión social del mundo y transportan hacia el discurso narrativo, el cual revela una razón conveniente de clasificación genérica, donde lo masculino se inviste de virtudes valedoras y la mujer se representa con esas características displicentes. No obstante, esta fantasía masculina no contradice el papel subordinado del otro, en tanto que la identidad femenina se representa con motivaciones, inclinaciones, apegos y atracciones de enajenación incorporadas reduciéndose a un objeto más de deseo.

VI

⁵¹ Peter Berger y Thomas Luckmann, “Introducción”, *La construcción social de la realidad*, p. 41.

Svaloj Žižek escribe en *El acoso de las fantasías* que la función de la pornografía es un flujo de deseo para articular, sin inhibiciones ,las fantasías internas más íntimas que no permite espacio a la duda, aunque en estas fantasías también se halle el insoportable estupor de la ‘desublimación represiva’ esto es: “El universo liberado de las inhibiciones cotidianas se convierte en un universo de deseos de dominar y violencia sadomasoquista desenfrenada … La gente usa la pornografía no sólo cuando carece de compañeros ‘de carne y hueso’, sino también para ‘sazonar’ su‘vida sexual verdadera’ ”⁵².

Para 1987, Gerardo González Ascencio escribió en su artículo *Pornografía y violación* que el carácter productor de los filmes porno tiene una inclinación a la sexualidad masculina centrada en el coito y en el pene, además del contenido violento de cierta pornografía y su relación con la agresión hacia las mujeres. Ascencio dice que la pornografía no es material exclusivo de violencia, ya que la literatura, la televisión, el cine, la publicidad, letras de canciones, etc., también la contienen; sin embargo, lo que este analista pretende es resaltar la necesaria atención sobre la violencia sexual en la pornografía, y cuestiona si existe relación entre ésta y la conducta agresiva para con la mujer por parte del porno-consumidor; González Ascencio continua diciendo que en nuestro país no existen análisis sobre revistas porno, películas o libros que comprueben el aumento del contenido violento⁵³. Aspecto que en verdad inquieta porque a la distancia de quince años, haciendo un rápido vistazo al avance del cine porno deja advertir un recrudecimiento en las imágenes sobre felación, penetración vaginal-anal en la mujer, secuencias estándar tradicionales que se han ido tornando cada vez más brutales. Ya no se trata solamente del cuerpo femenino como objeto del deseo, ahora se ha convertido además en el objeto de tortura que de usufructo a dado un paso a la degradación. El falo que por anonomasia representa la sexualidad y el poder, se reafirma ahora como el instrumento de tormento.

⁵² Slavoj Zizek, *op. cit.*, p. 158.

⁵³ Gerardo González Ascencio, “Pornografía y violación”, en La violencia de género en México, un obstáculo para la democracia y el desarrollo, pp. 29-35.

Gerardo González Ascencio dice bien al aclarar que la sola exposición a la pornografía violenta sea indicador necesario para considerarla causante de insensibilidad frente a actitudes de resistencia respecto de la violación, pero si un reforzador de valores y creencias existentes de que la mujer disfruta mientras es violada y que además disfruta de ser forzada al sexo. A la distancia del tiempo, la normalización de la pornografía con el apoyo del internet ha tomado un lugar preponderante en los espacios domésticos, incrementándose el consumo de estas imágenes con su discurso que tiende, gracias a esa normalización, a ser un referente al condicionamiento social, hecho en verdad alarmante que empieza a confrontar las ideas de González Ascencio de hace 15 años, porque ahora la sola exposición a la pornografía violenta en la industria del cibersexo tiende a ser una causante de insensibilidad frente a actitudes de resistencia respecto de la violación, esto se reafirma en estudios actuales. Salomón Derreza, menciona los estudios realizados por Víctor Cline sobre los efectos de la pornografía, y señala las cuatro fases de la pornofilia que se citan aquí:

1. La adicción, que es la necesidad de continuar viendo imágenes,
2. La escalación, o sea, la necesidad de imágenes cada vez más explícitas, crudas y bizarras,
3. La desensibilización, es decir, que el material que al principio tenía un efecto impactante y era visto como tabú se vuelve común y aceptado, y
4. El pasaje a la acción, donde se presenta la tendencia a poner en acto lo visto, en forma de exhibicionismo, sadomasoquismo, sexo grupal, violación o sexo con menores⁵⁴.

Baudrillard lo ha dicho “Nuestro porno aún tiene una definición restringida. La obscenidad tiene un porvenir ilimitado”. El espectáculo escénico desaparece ante el momento de obscenidad absoluta, de voracidad de la vista que supera con mucho

⁵⁴ Salomón Derreza “cibersexo y pornocracia”, en *Nexos*, p. 37.

la posesión sexual. Más que un simple medio de comunicación, la pornografía se ha convertido pues en una industria que no separa sus usos espectaculares de sus funciones prácticas y políticas, asumiendo para sí el dominio del código sexual, favorecido por el trabajo de la imagen, eso basta para conferirle también un dominio práctico de los usos socialmente justificados.

La internet ofrece acceso gratuito a galerías de pornografía digital que, según el estudio de Derreza, acaparan el 13% de la totalidad de la Red, además del las páginas ilegales que surgen, estimándose que cada día surgen 200 más. Esto como un gancho a catálogos de imágenes más violentas por costos que varían entre 15 y 35 dólares, de acuerdo con la ley de la oferta y la demanda, pagándose por tarjeta de crédito, incrementándose el número de pornófilos anónimos⁵⁵. Vouyeristas que buscan desde las perversiones tradicionales (por cierto ya conocidas en el siglo XVIII con las obras de Sade): coprofagía, zoofilia, diversos fetichismos, sadomasoquismos, incesto; hasta la existencia de prácticas y formas bizarras de escenificación sexual: *fisting*, introducción de la mano en vagina y/o ano con apoyo de *popers* (vasodilatadores en gas que se inhala y da efectos sensibilizadores en las terminales nerviosas dilatándolas, este tipo de droga es utilizadas principalmente por homosexuales); *shemales* (hombres dotados de pechos), sexo con personas extremadamente obesas, sexo con mutilados, sexo con ancianos, sexo con niños; deportes de sangre, la serie de prácticas sexuales que involucran perforar la piel, labios, clítoris, testículos y penes, o *bukkake*, una práctica que consiste en que una mujer recibe en el rostro chorros de semen de decenas de hombres.

Para un observador casual la pornografía puede parecer un género monótono y repetitivo, concebirse simplemente como un catálogo de actos sexuales, posiciones genitales y rostros en éxtasis; sin embargo para los pornógrafos saben que en su negocio la forma es fondo y por tanto siempre están buscando nuevos medios, experimentando los discursos, probando prototipos, para mantener cautivo a un público ávido y buscador de novedades en los detalles, gestos y representaciones que entran en resonancia con su imaginario. La violencia contra el Otro en la ficción

⁵⁵ Idem, p. 38.

pornográfica se sostiene precisamente en la exageración y los estereotipos de género. El centro del problema no es la verdad o falsedad de lo que se ve, sino como la representación de la violencia se impone a través de la sobrecarga de libido sexual coital. La exageración define al Otro –mujeres, niños (as), ancianos (as), minusválidos (as)- como la representación de lo siempre dispuesto a la descarga violenta no “gravemente” dañina, porque en tanto que los estereotipos y los clichés representan la exageración de fenómenos reales su poder se vuelve más difícil de admitir.

VII

El anonimato, el gusto voyeur y lo químérico perecen ser los tres ingredientes básicos para darle gusto a la imaginación, pero resulta también la indudable presencia de un nuevo orden oculto, la prueba de una cuidadosa disciplina puesta en práctica para resguardar el control: eje necesario que alimenta al imaginario colectivo. Siempre es necesario el disimulo, el doblez en la moral para que el establecimiento del juego que ves, de lo que supuestamente no es, deje mostrar lo evidente. La cercanía virtual del deseo por el placer, la lejanía referencial del cuerpo, sin duda alguna afables recursos técnicos que apoyan las insinuaciones y suavizan los excesos, dispensando también la concupiscencia, una profilaxis la culpa y la condena.

Higienización de la moral, apertura de máscaras, teatralidad de lo evidente. Con todo esto, la industria del porno, campo de producción de sueños arrojados, también será un espacio consecuente con sus aproximaciones a la violencia simbólica, definida ésta por Bourdieu como:

(la) relación social que se vuelve extraordinariamente común en la lógica de la dominación ejercida en nombre de un principio simbólico conocido o admitido tanto por el dominador como el dominado; [rudeza extrema] amortiguada, insensible e invisible para sus propias víctimas, que se ejerce esencialmente a través de los caminos puramente simbólicos de la comunicación y del conocimiento o, más exactamente, del desconocimiento, del reconocimiento o, en último término, del sentimiento.⁵⁶

⁵⁶ Pierre Bourdieu: La dominación masculina, pp 12.

El lenguaje en sus diversas manifestaciones será el punto de reunión para la lógica de la dominación, en el nombre de un principio simbólico: un idioma, una manera de pensar, una cierta forma de decir o nombrar las cosas, un estilo de imprimir ilusiones, escenografías, signos cuyo resultado es esta construcción social no natural, sino naturalizada de los hábitos sexuados. Por el juego de la imaginación y más aún por el poder de la tarjeta de crédito pornógrafos y clientes establecen una relación que estimula y acrecienta las tecnologías oportunas para ser consumidas.

El número de variantes sexuales del cuerpo son limitadas, el número de variantes al coito no es infinita (ya Octavio Paz en *La llama doble* especifica, diciendo que las posturas básicas en el coito son dieciséis, siguiendo los grabados de Giulio Romano un artista de la Antigüedad) y, sobre todo, que la repetición de los mismos actos conducen al aburrimiento; esto, la industria del porno lo aprovecha. Su preocupación ha sido la de abrir una gama de exploración de los límites corporales y los efectos, que en la repetición del ánimo que motiva, van adquiriendo una *doxa*, una creencia naturalizada de las nuevas maneras audaces en las prácticas sexuales tal si fuera una relación de causa-efecto dentro del orden social⁵⁷.

De tal modo todo esto que lo grotesco y tabú se deducen como una consecuencia lógica de una moda y la influencia de factores de tipo ambiental y el medio social. Y allí, los cuerpos del otro –mujeres, niños (as), ancianos(as), gente obesa o minusválidos- se convierten en el campo útil cuando son al mismo tiempo fuerza de trabajo y fuerza de producción sometidos a una tecnología política:

...este sometimiento no se obtiene por la violencia o la ideología necesariamente, puede ser calculado, organizado, técnicamente reflexivo, puede ser sutil, sin hacer uso ni de las armas ni del terror, y sin embargo permanecer dentro del orden físico. Es decir que puede existir un saber del cuerpo que no es exactamente la ciencia de su funcionamiento, y un dominio de sus fuerzas que es más que la capacidad de vencerlas: este saber y este dominio constituyen lo que podría llamarse la tecnología política del cuerpo.⁵⁸

⁵⁷ Pierre Bourdieu, *El Sentido Práctico*, pp. 117

⁵⁸ Pierre Bourdieu, p. 12

La paradoja de todo esto es que hay una inclinación al sentimiento conservador, en el sentido que la economía discursiva que se diseña en la pornografía no es precisamente para liberar las formas de percibir la sexualidad. La puesta en escena de las prohibiciones y los tabúes no se tiene otra cosa que la subyugación de la sexualidad a ciertas formas de control para regularla. La doblez en la moral sigue con buena salud con su posición puritana reduccionista para pensar a la sexualidad sólo como la interacción de genitales, en la osadía o la obscenidad que revelan.

Que el sexo sea el epítome, la síntesis de todo deseo es un buen pretexto para que no se dé jamás su aceptación. La paradoja es que el placer se concibe inaccesible al otro –mujeres, niños (as), ancianos (as), minusválidos- y al mismo tiempo una amenaza para él. Lo que se rechaza categóricamente y con violencia es precisamente que el Otro entre en relación con su propio goce. Ya bien ha escrito Žižek, al decir que la intolerancia es el reclamo al Otro por la posibilidad del robo de un goce que sólo es pensado y aceptado a un género:

...el Otro como aquel que se roba mi propio goce... El problema aparentemente no tiene solución, puesto que el Otro es el Otro en mi interior. Así, la raíz del racismo, (de la discriminación) es el odio de mi propio goce. No existe otro goce más que el mío propio.⁵⁹

El “robo del goce” resulta interesante para reflexionar sobre la perdida del poder como si se privara de una parte fundamental de la sustancia misma de la vida. La esencia del poder que el Otro puede tener, significa quedar en la impotencia, así se simboliza la diferencia en la angustia o el miedo y que al mismo tiempo genera violencia.

No obstante, esa línea simbólica sobre los cuerpos, como una especie de adhesión decisoria de dogmas y doctrinas instituidas, no es lo que constituye a la categoría de cuerpo, ni la de sexo, sino:

⁵⁹ Žižek, Slajov El acoso de las fantasías, p. 152

El sistema de disposiciones durables y transferibles -estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes- que integran todas las experiencias pasadas y funcionan en cada momento como matriz estructurante de las percepciones, las apreciaciones y las acciones de los agentes cara a una coyuntura o acontecimiento y que él contribuye a producir⁶⁰.

Es en el *habitus* -pensamientos, percepciones, expresiones, acciones-, donde se crea persistentemente la historia y las condiciones de producción socialmente situadas sobre la pornografía y lo que garantiza su ordenamiento. Al reconocer que el conocimiento práctico es inherente a la acción y resulta que ni el discurso hecho imagen, ni el código, sino el intercambio simbólico espacio-temporalmente situado es lo que resulta básico para explicar la producción y comprensión de significados y pertinente para esclarecer que en el vínculo de las capacidades prácticas y simbólicas es donde se va conformando el proceso de identidad del Otro como representación de lo pasivo y disponible. El lenguaje de ese “imaginario” ayuda a explicar que el principio de visión dominante no es una simple representación mental, una simple ideología, sino todo un sistema de estructuras inscritas en las cosas y los cuerpos.

Como se ve, el efecto de la dominación simbólica se produce a través de los esquemas de percepción, de apreciación y de acción que se constituyen y se sustentan en hábitos en una relación de conocimiento interiorizado antes que en decisiones y controles de la voluntad; es precisamente en esa derivación habitual, duradera del orden social que la violencia simbólico-sexual se ejerce sobre la diferencia sexual, llámense mujeres, niños(as), ancianos (as) o minusválidos.

Violencia con un poder simbólico, violencia intrínseca al discurso que legitima su ejercicio y reproducción, violencia que actúa sobre el mundo desde la creencia de lo que representa ser masculino o ser el Otro. Esta creencia se legitima por derecho en el lenguaje, desde los discursos ya verbales (clasificaciones, conceptos, definiciones, adjetivos peyorativos), ya figurativos (pinturas, fotografías, dibujos, o como en el caso que nos ocupa, filmes) que moldean la realidad, puesto que contribuye a producirla, porque las relaciones sociales incorporadas se presentan

⁶⁰ Pierre Bourdieu, *El sentido práctico*, p. 92.

con todas las apariencias de ser naturales, para todo los agentes y no sólo a aquellos que están inmersos en ese sistema de clasificación dominante.

El valor simbólico de poder sobre el cuerpo y su violencia, encuentra su eficacia en el arbitrario cultural que arrebata lo esencial y exige, desde la dominación masculina, la existencia del orden establecido, visible y “natural” del sometimiento del Otro. La política incorporada y convertida en práctica permanente de una cierta manera de pensar y sentir lo Otro, es lo que los agentes sociales captan de la visión social del mundo y transportan hacia los discursos, los cuales revelan una razón conveniente de clasificación genérica.

Si queremos comprender el discurso o el sentido de las imágenes que mostrar lo obsceno por evidente, no hemos de verlos como producidos por el genio del autor, sino que hemos de localizarlos en un campo específico de comunicación, conocimiento y poder, cuya lógica interna está construida histórica y políticamente. Así, la pornografía es el discurso susceptible de funcionar y de surtir efecto en sus nuevos mecanismos y valores ideológicos elaborados e institucionalizados como base para la conservación de prácticas culturales; asimismo, una estrategia que otorga las premisas para la construcción de un imaginario moderno desde las diferentes creaciones discursivas de este siglo.

Bibliografía

Baudrillard, Jean, “Porno-estéreo”, en *De la seducción*, Obras maestras del pensamiento contemporáneo, Planeta-Agostini, 1993, pp. 33-41.

Berger, Peter y Thomas Luckmann: “Introducción”; “Fundamentos del conocimiento en la vida cotidiana”, *La construcción social de la realidad*, Amorrortu, Argentina, 1993, pp. 13-36; 37-65.

Beristáin, Helena, *Diccionario de retórica y poética*, Porrúa, 8^a. edición, México, 1998.

Bordieu, Pierre, *La dominación masculina*, Anagrama, colección argumentos, Barcelona, 2000.

_____, “Estructuras, habitus, prácticas”, *El sentido práctico*, Taurus, Madrid, 1991, pp. 91-113.

Chatman, Seymour, *Historia y discurso. La estructura narrativa en la novela y en el cine*, Altea, Taurus, Alfaguara, Madrid, 1990.

Derreza, Salomón, “Cibersexo y pornocracia” en *Sexo, nación y lágrimas*, Nexos, número 284, Agosto 2001, pp.34-37.

Eysenck, H. J. “Definición de pornografía”, *Usos y abusos de la pornografía*, Alianza, Madrid, 1979, pp. 152, 153.

Foucault, Michel, *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, 16^a edición, Siglo XXI, México, 1989.

_____; “El cuerpo de los condenados”, en *Vigilar y castigar*, 27^a edición, Siglo XXI, 1998, pp. 11-37.

_____, “Las tecnologías del yo”, en *Tecnologías del yo y otros textos afines*, Paidós, Barcelona, 1990, pp. 45-94.

González Ascencio, Gerardo, “Pornografía y violación”, en *La violencia de género en México, un obstáculo para la democracia y el desarrollo*, Universidad Autonomía Metropolitana-Azcapotzalco, México, 1996, pp.29-40.

González Reyes, Alba H. “Capítulo IV”, en *El ser femenino y las imágenes eróticas en Santa de Federico Gamboa*, tesis de Maestría en Literatura Mexicana, Universidad Veracruzana, 2001, pp.182-226.

Hansen, Christian, Catherine Needham y Bill Nichols, “Pornografía, etnografía y los discursos del poder”, en *La representación de la realidad*, Piados, 2000, pp. 257-288.

Laqueur, Thomas, “El lenguaje y la carne”, *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*, Ediciones Cátedra Universidad de Valencia, Instituto de la mujer, 1994, pp. 9-53.

Lowe, Donald M. “La encarnación”, en *Historia de la percepción burguesa*, Breviarios, número 430, Fondo de Cultura Económica, México, 1986, pp. 200, 201.

Masters William, Virginia E. Johnson y Robert C. Kobdny, *Sexualidad humana, Evolución, Aspectos psicosociales, volumen II*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1995, pp. 472-485.

Pérez Cortés, Sergio El individuo, su cuerpo y la comunidad, *Alteridades*, México, 1991, pp.13-23.

Yehya Naief, “Tecnoerotismo”, en *Sexo, nación y lágrimas*, Nexos, número 284, Agosto 2001, pp.38-41.

Žižek, Slajov *El acoso de las fantasías*, Siglo XXI, México, 1999.

Algunas reflexiones acerca de la incidencia del cuerpo y la sexualidad en la subjetividad moderna

*Juan Capetillo Hernández**

El interés de este trabajo es el de reflexionar sobre la participación del cuerpo y la sexualidad en la constitución subjetiva. Se trata de abordar la conformación del sujeto en dos niveles o dimensiones: en el nivel social y en el individual. En ambos niveles se pretendería presentar algunas ideas relativas al sujeto en la modernidad.

Soy consciente de que, ya desde el primer párrafo del escrito, aparecen varias categorías notablemente polémicas, de contornos difusos y móviles: cuerpo, sexualidad, sujeto y modernidad, las que ocuparán un lugar central en el texto y a las que se agregarían: social e individual. Este carácter controvertido lleva, inevitablemente, lo mismo a la pertinencia de situar las referencias desde las que se opera el análisis, a delimitar los límites de alcance e interés, que a tomar un posicionamiento; esto se hará a lo largo del trabajo.

Presupongo, entre otras cosas, que estas dos dimensiones: social e individual no sólo se interrelacionan estrechamente, sino que están enlazadas de una manera tal que hacer un corte entre ellas conduce a parcializar las aproximaciones. Aunque presupongo, también, que pueden abordarse independientemente -creo que así es como se ha hecho en la generalidad de los casos- me propongo indagar la fertilidad o no de intentar un enfoque que busque engarzarlas en algunos de los innumerables puntos que se prestan para ello.

Uno de los puestos de partida del ensayo es la postura radical nietzsiana de crítica a un sujeto sustancializado, mantenida por Michel Foucault: la subjetividad es producto de las prácticas sociales, no hay un sujeto fijo de carácter esencial, presupuesto inamovible del conocimiento, sino que éste es producido por las prácticas sociales a través de las estrategias propias del discurso.⁶¹ En ese sentido, no

* Maestro en Teoría Psicoanalítica. Estudiante del Doctorado en Historia y Estudios Regionales, IIH-S/U.V. Investigador del Instituto de Investigaciones Psicológicas, U.V.

⁶¹ Foucault, 1990.

habría una subjetividad esencial, definida de una sola vez para todas las sociedades humanas en todas las épocas. A este respecto podemos hablar de un sujeto en la modernidad, así como de uno de la época anterior a lo que llamamos mundo moderno.

¿A qué llamamos modernidad? Estamos aquí en uno de esos terrenos conceptuales movedizos. Indudablemente remitirse a algunos de los enunciados, casi universalmente aceptados, de los clásicos de las ciencias sociales es aquí un punto de amarre: en la formaciones sociales del último tramo de la época feudal localizamos algunos de los gérmenes de lo que será la vida moderna caracterizada por ese pasaje, en la sociedad occidental, del feudalismo al capitalismo, en el que las relaciones sociales están dominadas por la lógica del mercado. En cuanto a las relaciones de los seres humanos con el mundo que les rodea, la modernidad ha sido distinguida por el privilegio otorgado a la racionalidad, por la posibilidad de tematizar lo sagrado.⁶² ¿Hasta dónde se extiende? La respuesta a esto es aún más complicada y debatible. ¿Ya concluyó la modernidad o todavía estamos inmersos en ella?, ¿cuáles serían los elementos emblemáticos de la modernidad y cuáles los ya no modernos? Indudablemente, estas preguntas y sus posibles soluciones rebasan los propósitos de este escrito, al menos en lo que se refiere a abordarlas a cabalidad. Antes que intentar responder suficientemente si la modernidad ha concluido o persiste, más bien situaré que a mediados del siglo pasado -aunque con antecedentes en la segunda mitad del siglo XIX y en los principios del siglo XX- inició un movimiento en el mundo de las ideas de crítica a los presupuestos de la modernidad: el progreso, la racionalidad, etcétera. Movimiento en el que se podrían localizar bases que nos permitieran hablar de un mundo más allá de la modernidad y de su correspondiente sujeto y que, sin la menor duda, estuvo grandemente motivado por la situación a la que el ser humano había llevado a la Tierra después de las dos grandes guerras mundiales.

Así, no es propósito de este texto el definir la modernidad y postmodernidad o discutir acerca de ellas. Interesa, sí, delimitar un periodo histórico que se constituye en el suelo en que surgen las ciencias humanas como un saber que toma por objeto al

⁶² Habermas, 1990

hombre mismo. Saber en el que se encuentran los elementos para esta crítica radical al sujeto tradicional de la filosofía occidental.

La noción de sujeto surge como tal en el interior de la filosofía a partir de Descartes.⁶³ La concepción del círculo cartesiano va a anclar la idea de un sujeto como natural, como formando parte de la naturaleza de las cosas y va a posibilitar también el desarrollo de la ciencia a partir de la instauración de una de las dicotomías que han caracterizado el pensamiento occidental: la separación entre mente y cuerpo. De esta visión cartesiana del sujeto marchan las dos rutas por las que quiere transitar este breve ensayo: por un lado aparece la ruptura operada por Nietzsche del sujeto cartesiano que propiciará la idea foucaultiana de la subjetividad como algo producido históricamente, que sería una de las vías; y por el otro, el planteamiento de que el círculo cartesiano va a ser condición del nacimiento del psicoanálisis y de la producción del sujeto freudiano, sujeto del inconsciente, implícito en Freud como presupuesto ineludible de su trabajo⁶⁴ y formulado como inédito por Lacan.⁶⁵

Si bien los rudimentos de lo que será la idea que sobre sí mismo tiene el hombre de nuestro tiempo se localizan desde el Renacimiento, no será sino hasta el siglo XIX que cristalizará esta idea del hombre moderno, racional, científico, cuyo saber sobre sí es potencializado por la aparición de las ciencias humanas ¿Qué tuvieron que ver el cuerpo y la sexualidad en este resultado?, ¿de qué manera el saber/poder sobre el cuerpo y la sexualidad contribuyó a la construcción de la noción del sujeto propia de esta época? Claramente, estas mismas preguntas son aplicables cuando nos referimos al sujeto del psicoanálisis, el sujeto del inconsciente. El psicoanálisis es un discurso sobre la sexualidad que, surge, justamente, a partir de la reflexión de Freud sobre la identidad de lo inconsciente y lo sexual. De esta manera enuncio, con otros términos, lo que había señalado párrafos atrás acerca del doble abordaje: social-individual del escrito. Trataré de ver cómo las investigaciones de Foucault sobre el cuerpo y la sexualidad permiten arribar a una concepción del sujeto característica de la modernidad; asimismo, buscaré establecer la noción psicoanalítica

⁶³ Morales, 1993:231

⁶⁴ Assoun, 1989.

⁶⁵ Morales, *op. cit.*:227.

del sujeto y su procedencia de la idea que sobre la sexualidad priva en el psicoanálisis.

La falsa dicotomía entre lo social y lo individual se revela desde la improcedencia misma del término: individual, no reconocible en el interior del discurso psicoanalítico. Es utilizada aquí en un sentido coloquial pero con el propósito de relativizarla. Individuo es lo que se presenta como indivisible, a diferencia de la propuesta que va a hacer el psicoanálisis del sujeto como dividido. No es posible concebir a un ente indivisible, ya que el sujeto nunca es sin el otro. ¿Cómo y dónde conciliar o hacer coincidir la perspectiva foucaultiana del cuerpo, la sexualidad y el sujeto con la psicoanalítica? ¿Es esto posible? La línea que abren estas interrogantes sería un tercer itinerario de este trabajo, el que se esperaría como consecuencia lógica de los dos anteriores (abordaje social-abordaje "individual") pero que, dada su envergadura, quizás solamente sea delimitado en esta ocasión, esperando un momento posterior para un mayor desarrollo. Exponer uno de los puntos de discusión de lo que podríamos denominar la relación Foucault-psicoanálisis, me permitirá proseguir esta elaboración.

Algo claramente constatable es que, a lo largo de la reflexión de Foucault, el psicoanálisis ocupa un lugar de interlocutor privilegiado con relación a diferentes problemáticas.⁶⁶ Hay dos enunciados de Foucault con respecto al psicoanálisis que a primera vista parecen ambiguos. En relación a la procedencia histórica del psicoanálisis, afirma que: "se puede decir, efectivamente, que el psicoanálisis emerge de este formidable crecimiento e institucionalización de los procedimientos de la confesión tan característica de nuestra civilización. Forma parte, a más corto plazo, de esta medicalización de la sexualidad que es también un fenómeno extraño...".⁶⁷ En el punto de cruce de estos dos procesos -prácticas de la confesión, medicalización de la sexualidad- se encuentra, según Foucault, el psicoanálisis. "Cómo pudo formarse el psicoanálisis en la fecha en que ha aparecido...",⁶⁸ se pregunta Foucault para, enseguida anuciarnos un proyecto que, lamentablemente, (quizás debido a la

⁶⁶ Miller, 1991:67.

⁶⁷ Foucault, 1978:160.

⁶⁸ Ib.:161.

interrupción subrepticia de su vida) no llevó a cabo: "...intentaré verlo en volúmenes posteriores.",⁶⁹ es la continuación de la frase, cuatro renglones arriba iniciada.

En consonancia con lo anterior y particularmente con relación a la medicalización de la sexualidad, Foucault dice: "El psicoanálisis encuentra una de sus posibilidades de emergencia en el gran esfuerzo de disciplinación y de normalización desarrollado durante el siglo XIX. Freud lo sabía bien. En realidad en el terreno de la normalización era consciente de ser más fuerte que los otros".⁷⁰

Un tanto contradictoriamente (al menos en un primer acercamiento), y con relación a uno de los fundamentos de su sistema de pensamiento que es la destitución por Nietzsche del sujeto absoluto del saber occidental, con la cual desarrolla una investigación consistente en la reelaboración de la teoría del sujeto, Foucault afirma respecto a esta teoría: "Esta teoría fue profundamente modificada y renovada en los últimos años por unas teorías o, aún más seriamente, unas prácticas entre las que cabe destacar con toda claridad el psicoanálisis que se coloca en un primer plano. El psicoanálisis fue ciertamente la práctica y la teoría que replanteó de la manera más fundamental la prioridad conferida al sujeto, que se estableció en el pensamiento occidental a partir de Descartes. Hace dos o tres siglos la filosofía occidental postulaba, explícita o implícitamente, al sujeto como fundamento, como núcleo central de todo conocimiento, como aquello en lo que no sólo se revelaba la libertad sino que podía hacer eclosión la verdad. Ahora bien, creo que el psicoanálisis pone enfáticamente en cuestión esta posición absoluta del sujeto".⁷¹

¿Cómo conciliar el carácter de impugnadora radical del sujeto absoluto asignado por Foucault a la práctica del psicoanálisis con su consideración de ésta como práctica de normalización de los sujetos a partir de insertarse en el movimiento de medicalización de la sexualidad? ¿Es exacta esta apreciación de Foucault que habría, me parece, que diferenciar de su afirmación incuestionable acerca del origen confesional del psicoanálisis? Definitivamente no es el objetivo central de este ensayo analizar la relación Foucault-psicoanálisis. No trataré de resolver, por ahora, las

⁶⁹ Ib.

⁷⁰ Ib.:108.

⁷¹ Id., 1990:15.

preguntas del párrafo anterior; como mencioné antes, traer esta cuestión en este momento del trabajo, me permitirá considerar algunas de las ideas relativas a esta concepción de la subjetividad propiciada por la ruptura de Nietzsche.

El tema central de su obra no es ni la sexualidad, ni el poder, ni siquiera el cuerpo o la locura, sino el sujeto, nos dice Foucault en un artículo de los más avanzados temporalmente en su producción.⁷² Una idea básica de su concepción del sujeto consiste en la promoción de un sujeto histórico, producido históricamente, en contraste con el sujeto filosófico clásico: "Sería interesante que intentáramos ver cómo se produce, a través de la historia, la constitución de un sujeto que no está dado definitivamente, que no es aquello a partir de lo cual la verdad se da en la historia, sino de un sujeto que se constituyó en el interior mismo de ésta y que, a cada instante, es fundado y vuelto a fundar por ella. Hemos de dirigirnos pues en la dirección de esta crítica radical del sujeto humano tal como se presenta en la historia".⁷³ Foucault considera que, a pesar del quiebre introducido por el psicoanálisis, las ciencias humanas siguen procediendo a partir de la presuposición del sujeto filosófico, razón por lo que estima relevante retomar a Nietzsche para instrumentar la crítica a este sujeto.

¿Cuáles serían los aspectos centrales que caracterizan a este sujeto clásico de la filosofía? y ¿cuáles son los principales puntos de impugnación nietzschiiana?

Fundamentalmente, el punto de tensión está dado a partir de la oposición irreductible entre el origen y la invención. Nietzsche niega toda posibilidad de origen único a las cosas del mundo humano: la religión, la poesía, el ideal, el conocimiento, etcétera, todas son inventadas en un determinado lugar y tiempo. De estas cuatro, la que se liga de manera directa con la cuestión del sujeto es el conocimiento. De este planteamiento se deriva el que el conocimiento no está inscrito en la naturaleza del ser humano sino que es producto de una invención, no es natural, es contranatural. En otras palabras Nietzsche niega la posibilidad de semejanza o afinidad previa entre el conocimiento y las cosas que sería necesario conocer, con lo que se cuestiona uno de

⁷² *Id.*, 1984.

⁷³ *Id.*, 1990:16.

los basamentos de la filosofía occidental, representada por Kant, cercano a la cuestión del sujeto: el que las condiciones de la experiencia (del conocimiento) sean idénticas a las del objeto a conocer. Para Nietzsche, a diferencia de lo que expresa Kant, hay una separación insalvable entre el acto del conocimiento y el mundo a conocer e, incluso, entre el conocimiento y la naturaleza humana. ¿Cómo emerge aquí la cuestión del sujeto?

Las dos continuidades sostenidas de Descartes a Kant: entre el conocimiento y las cosas y entre el conocimiento y la naturaleza humana, son las que sostienen la concepción absoluta del sujeto. La primera conduce a Dios como garantía de esta armonía presupuesta, la segunda conduce, justamente, al sujeto. Nietzsche opera una doble ruptura con relación a estas dos continuidades: ruptura entre la teoría del conocimiento y la teología que lleva a la muerte de Dios y ruptura entre el conocimiento y los instintos que quiebra la unidad y soberanía del sujeto, que conduce a su desaparición o, alternativamente, a su multiplicidad. Sobre esta doble ruptura nietzchiana y particularmente respecto a la que tiene que ver con el sujeto,. Foucault se expresa en los siguientes términos: "Si remontamos la tradición filosófica hasta Descartes, para no ir más lejos aún, vemos que la unidad del sujeto humano era asegurada por la continuidad entre el deseo y el conocer, el instinto y el saber, el cuerpo y la verdad. Todo esto aseguraba la existencia del sujeto. Si es cierto que por un lado existían los mecanismos del instinto, los juegos del deseo, los enfrentamientos entre la mecánica del cuerpo y la voluntad, y por otro lado, en un nivel de naturaleza totalmente diferente, el conocimiento, entonces la unidad del sujeto ya no es necesaria. Podemos admitir sujetos o bien que el sujeto no existe. Es precisamente en esto que me parece que el texto de Nietzsche que he citado rompe con la tradición filosófica más antigua y arraigada en occidente".⁷⁴

Tenemos aquí una consecuencia importante del análisis que Foucault hace de la filosofía de Nietzsche: la historicidad del sujeto. La otra consecuencia relevante para el trabajo de Foucault tiene que ver con la pregunta acerca de cómo se produce el sujeto. Si partimos de la inexistencia de un sujeto dado como anterior a todo tipo

⁷⁴ Ib.:25-26.

de análisis, surge, consecuentemente, la pregunta acerca de qué es lo que produce los distintos sujetos que podemos postular, pregunta extensible a todas las cosas del mundo humano. La continuación de esta línea de interrogación lo llevará, a partir de sustentarse en Nietzsche, a la postulación de las relaciones de poder como núcleo o raíz del conocimiento, del sujeto y de la verdad misma.

En esta parte del presente escrito, he pretendido introducir algunas ideas de la concepción foucaultiana del sujeto históricamente producido por las relaciones de poder, cerraré esta parte con una cita, que me parece central de M. Foucault al punto de interés, para después continuar con los temas del ensayo: "Mi propósito es demostrar en estas conferencias cómo, de hecho, las condiciones políticas y económicas de existencia no son un velo o un obstáculo para el sujeto de conocimiento sino aquello a través de lo cual se forman los sujetos de conocimiento y, en consecuencia, las relaciones de verdad. Sólo puede haber ciertos tipos de sujetos de conocimiento, órdenes de verdad, dominios de saber, a partir de condiciones políticas, que son como el suelo en que se forman el sujeto, los dominios de saber y las relaciones con la verdad. Una historia de la verdad será posible para nosotros sólo si nos desembarazamos de estos grandes temas del sujeto de conocimiento, al mismo tiempo originario y absoluto, utilizando eventualmente el modelo nietzscheano".⁷⁵

Hasta aquí se habrían presentado los componentes de una apreciación general de la idea del sujeto según Foucault, que sería aplicable a distintos tipos de sujeto, por así decirlo. Nos acercaremos al tema de interés del ensayo por medio de comentar una acepción más o menos generalizada del conjunto de la obra de Foucault. De acuerdo con ésta, la obra del filósofo puede dividirse en tres grandes etapas: la de la arqueología, la de la genealogía y la del interés por la subjetividad o por las técnicas de producción del yo.⁷⁶

M. Morey, en la Introducción a la edición castellana de *Tecnologías del yo* considera que esta triple división no se sostiene y que los diferentes momentos del trabajo de Foucault están guiados por su interés por la subjetividad, como él mismo lo

⁷⁵ Ib.:32.

⁷⁶ Morey, 1990.

indicara en uno de sus artículos.⁷⁷ El propósito de hacer una historia de la locura o de la sexualidad, por ejemplo estaría gobernado por la intención de elaborar una historia de los modos en que el hombre se ha pensado a sí mismo en nuestra época, una historia de la subjetividad.

La pregunta central de este interés por configurar la trayectoria del sujeto moderno sería ¿Quién soy?, pero no un "soy" inmerso en el universalismo en que lo colocara Descartes, propio de todo tiempo y lugar, sino un "soy" atado a circunstancias específicas; la pregunta completa sería ¿Quién soy yo ahora?, ¿Quién soy yo en este preciso momento de mi existencia? Desde luego que estas preguntas pueden y deben formularse en la primera persona del plural, que es en la que se desenvuelve el estudio de Foucault, quien, consecuentemente, pretende establecer una ontología del nosotros en el presente, en la actualidad; para lo cual propugna por un rompimiento, como ya vimos, con todo apriorismo universal, para operar el análisis desde los *aprioris* históricos.

Partiendo de esta consideración retrospectiva hecha por Foucault en términos de que su interés principal ha estado centrado en el sujeto: "Busco más bien producir una historia de los diferentes modos de subjetivación de los seres humanos en nuestra cultura",⁷⁸ se puede reformular una apreciación de la obra de Foucault, como lo hace Morey, a partir de un enunciado de Foucault que citaré in extenso dada su importancia y claridad para el tema que nos ocupa. Citaré primero a Foucault y a continuación presentaré la reorganización de todo el trabajo de este autor formulada por M. Morey, para, a partir de ahí, desprender algunas de las ideas que ocupan nuestro interés principal.

Continuando con la presentación de su programa de trabajo en el sentido de historizar las subjetividades de nuestra cultura, Foucault dice: "...he tratado desde esta óptica, de los tres modos de objetivación que transforman a los seres humanos en sujetos. Primeramente están los diferentes modos de investigación que buscan acceder al estatuto de ciencia: pienso, por ejemplo, en la objetivación del sujeto que

⁷⁷ Foucault, 1984.

⁷⁸ En Morey, *op.cit.*:20.

habla en la gramática general, filología y lingüística. O bien, y siempre en este primer modo, la objetivación del sujeto productivo, del sujeto que trabaja, en la economía y el análisis de las riquezas. O también, para dar un tercer ejemplo, la objetivación por el mero hecho de ser un ser vivo, en historia natural o biología. En la segunda parte de mi trabajo, he estudiado la objetivación del sujeto en lo que llamaré *las prácticas escindientes [pratiques divisantes]*. El sujeto es dividido en el interior de sí mismo o dividido de los otros. Este proceso hace de él un objeto. La partición entre loco y hombre juicioso, enfermo e individuo sano, criminal y "buen chico", ilustra esta tendencia. Finalmente, he buscado estudiar -y éste es mi trabajo en curso- el modo en que el ser humano ha aprendido a reconocerse como sujeto de una sexualidad".⁷⁹

Me parece que de este párrafo puede desprenderse sin mucha dificultad la ordenación, aparecida a continuación, que hace Morey de la obra de Foucault a la cual denomina ontología histórica de nosotros mismos (o del presente, o de la actualidad):

- Ontología histórica de nosotros mismos en relación a la verdad que nos constituye como sujetos de conocimiento (*Historia de la locura, El nacimiento de la clínica, Las palabras y las cosas*).

- Ontología histórica de nosotros mismos en las relaciones de poder que nos constituyen como sujetos actuando sobre los demás (*Historia de la locura, Vigilar y castigar*)

- Ontología histórica de nosotros mismos en la relación ética por medio de la cual nos constituimos como sujetos de acción moral (*Historia de la locura, Historia de la sexualidad*).⁸⁰

La incidencia del cuerpo y la sexualidad en esa manera de vernos a nosotros propia de la modernidad, está determinada por la inclusión de este conjunto de hechos en el contexto del saber moderno. Cuerpo y sexualidad -como lo demostrara Foucault- no son fenómenos empíricos anteriores a una determinación discursiva, no se trata de entidades existentes en sí y por sí independientemente de las tramas

⁷⁹ En Morey, *op.cit.*:21.

⁸⁰ *Ib.*:28 (En el original los títulos de los textos aparecen en francés).

discursivas, sino que son construcciones que emergen de discursos producidos, a su vez, por prácticas sociales. Prácticas sociales en cuyo núcleo detectamos, desde la perspectiva foucaultiana, relaciones de poder.

Hay una orientación general, una gran línea de trabajo que guía, a la manera de una macro hipótesis, la historización de la subjetividad de nuestra cultura emprendida por Foucault; en muy grandes líneas podría decirse que el trazo va desde el "conócete a ti mismo" délfico, pasando por el "confiesa tus pecados", monástico y el cígito cartesiano, hasta arribar al diván del psicoanálisis.⁸¹

En este proceso de subjetivación hay, según el análisis de Foucault, una progresiva renuncia al cuerpo y a la sexualidad. El "conócete a ti mismo" fue imponiendo y desplazando paulatinamente el "cuídate a ti mismo", propio de la más remota antigüedad griega y que remitía a un cuidado del cuerpo como una de las vías para alcanzar la sabiduría de vivir, que estaba, desde luego, en relación a la forma de producción de la verdad.

El apremio a la confesión de los pecados propio de la época monacal estaba dirigido, especialmente, a la confesión de los deseos sexuales a fin de expurgarlos; este procedimiento -que caracteriza toda una forma de producción de la verdad- proveniente del anterior procedimiento inquisitorial de la Edad Media, inaugura una relación ambigua con la sexualidad caracterizada por la prohibición de ésta, conjuntamente con la obligación de hablar de ella. En el fondo de este procedimiento está la renuncia a la sexualidad y al cuerpo como la forma de preparación para una vida futura.

En el caso del procedimiento psicoanalítico como práctica de producción de la verdad, Foucault va a caracterizarlo como un ejercicio normativizador de la sexualidad y, por lo tanto, de los sujetos, al constreñirla a los marcos del Edipo. Fundándose en las investigaciones de Deleuze y Guattari,⁸² afirmará que el psicoanálisis no sólo opera una reducción al hacer de la sexualidad lo distintivo del sujeto sino que, además, al edipizarlo, lo normativiza de acuerdo con los ideales

⁸¹ Morey, *op. cit.*:37.

⁸² Foucault, 1990:37.

sociales. Planteamientos relativizables y discutibles que retomaré un poco más adelante.

La inclusión del cuerpo como objeto de investigación de las disciplinas científicas y, por ende, en este proceso de objetivación del sujeto es posibilitado por la transformación de las prácticas judiciales ocurrida en los inicios del siglo XVIII consistente en la eliminación de los castigos corporales espectaculares y su modificación por un tipo de penalización normativizador que derivará en la producción de las prisiones.

En esta misma línea normativizadora se dan los cambios en la relación del mundo occidental con la locura: la exclusión y segregación propias de la época clásica serán cambiadas por el cuidado y la alienación que da origen a los asilos y a los hospitales.

Los cambios paulatinos a partir de la Indagación medieval (la *inquisitio*) en los procedimientos judiciales (para Foucault las prácticas judiciales y su evolución han jugado un papel central en la producción del sujeto moderno y de la verdad) fueron preparando el terreno para lo que podría ser un signo distintivo del siglo XIX y el mismo siglo XX: el panopticismo, llevando, inclusive, a la discusión de si todo el mundo contemporáneo hasta nuestros días está o no caracterizado por esta idea del panóptico que influyó en la construcción de las prisiones y los hospitales durante el siglo XIX. La promoción de la mirada sobre todos los objetos en que se posa es uno de los elementos significativos de la modernidad y es uno de los factores que explican la objetivación del sujeto, como lo demuestra Foucault en el caso, por ejemplo, de la medicina moderna.⁸³

La mirada sobre el cuerpo tiene el doble propósito del saber y de la vigilancia, lo que se concretiza en las prácticas disciplinarias estudiadas por Foucault, y que lleva a la conclusión de que lo que conocemos como cuerpo es el producto tanto del saber clasificatorio como del poder. Hay en esta concepción de Foucault una significación bio-política del cuerpo, éste es objeto tanto de la voluntad de saber

⁸³ *Id.*, 1981.

como de la de poder, contemplándose la posibilidad de una posición pasiva de los cuerpos como de una reactiva, que propiciaría, esta última, las prácticas libertarias.

En consonancia con lo anterior y como lo señala Turner: "El cuerpo constituye un blanco de la racionalización moderna pues se convierte en objeto del poder y del saber".⁸⁴

Estos breves apuntes acerca del cuerpo podrían conducirnos a ampliar lo que hemos señalado acerca del sujeto de la modernidad: aparte de su carácter racional, científico, podemos decir que hay en él una tensión entre la individualización y la totalización; los saberes que lo constituyen así como las relaciones de poder que están en su fundamento, lo impulsan al mismo tiempo a su conformación individual y su interdependencia de lo global, lo total, lo social.

Acerca de la sexualidad y de su papel en la edificación del sujeto moderno habría que señalar en primer término las ideas que se desprenden de este privilegio a los *aprioris* históricos y a la correspondiente eliminación de todo tipo de universales. En primer lugar surge el planteamiento de la sexualidad como invención, distinta a la idea de la sexualidad como algo dado *per se*. En otras palabras, la aplicación de la filosofía nietzscheana a la investigación de la historia de la sexualidad hecha por Foucault, deriva en la oposición entre un enfoque esencialista de la sexualidad y uno histórico.

La sexualidad no es un fenómeno predominantemente natural sino que es una construcción histórica. La primera aproximación, la sexualidad como algo natural, constituye la tesis central del enfoque esencialista, que considera que "...el sexo presenta un "mandato biológico" básico que presiona contra la matriz cultural y debe ser restringido por ella".⁸⁵ En el otro extremo se sostiene, más bien, que la sexualidad está configurada por fuerzas sociales y que, de hecho, sólo existe a través de sus formas sociales y su organización social. Foucault ha definido esta idea en los siguientes términos: "La sexualidad no debe pensarse como un tipo de hecho natural que el poder trata de mantener controlado, ni como un dominio oscuro que el

⁸⁴ Turner, 1989:15.

⁸⁵ Weeks, 1998:29.

conocimiento trata de descubrir gradualmente. Es el nombre que puede darse a un constructo histórico".⁸⁶

Si bien la importancia concedida a la sexualidad como vínculo entre el cuerpo y el espíritu puede datarse desde el siglo III,⁸⁷ el antecedente inmediato de la modernidad es localizado por Foucault a partir de los siglos XII y XIII, y se relaciona directamente con la práctica de la confesión religiosa, la que, a su vez, es concebida como una prolongación de la práctica de la inquisición (*inquisitio*) religiosa. Para Foucault esta relevancia de la sexualidad es producto de una combinación entre la obligación de decir la verdad y la prohibición de la sexualidad; combinación que obligó al sujeto a descifrarse a sí mismo respecto a lo que le estaba prohibido.⁸⁸

El sujeto moderno se constituye alrededor de su sexualidad, está forzado a pensarse en relación al sexo, a definir su identidad a partir del ejercicio de su sexualidad. La verdad del sujeto en la modernidad pasa por la relación que mantenga con ella, que puede ser de desconocimiento, de represión, de liberalización, que puede inducir relaciones de poder, como ha ocurrido con el género a través de la historia de occidente en la que, característicamente, se ha proyectado la dominación masculina sobre las mujeres.

Con respecto a la importancia que la sexualidad ha adquirido en la sociedad occidental, Jeffrey Weeks considera que hay 3 grandes momentos de esta relación privilegiada de occidente con el sexo: 1) El primero durante el siglo I de nuestra era, momento anterior al advenimiento del Occidente cristianizado; se rompe aquí la relación del sexo con el placer, su objetivo era la reproducción y estaba circunscrito al matrimonio, de este modo el sexo por placer, fuera del matrimonio, era pecado; obviamente era la Iglesia la institución promotora de esta concepción; 2) El segundo momento, de acuerdo con Weeks, es ubicado en los siglos XII y XIII y es dado, también en el marco religioso; se caracterizó por la elaboración de un conjunto estricto de reglas para el comportamiento de los amantes al interior del matrimonio, se trató de una virtual inclusión del confesor en la vida de la pareja, se analizaba al

⁸⁶ En Weeks, *op. cit.*:27.

⁸⁷ Pérez, 1991:16.

⁸⁸ Foucault, 1990:46.

detalle la vida sexual de la pareja con el fin de saber y de control moral de los sujetos; 3) Finalmente un tercer momento se produce en los siglos XVIII Y XIX. Este tercer momento es pensado por Weeks como decisivo y fundamental y se distingue por la definición de la normalidad y la consecuente anormalidad con relación a la sexualidad; sobre este tercer momento el autor que comentamos nos dice: "Nosotros somos los herederos inmediatos de esta última modificación, que se manifiesta mediante el viraje de la organización religiosa de la vida moral hacia una reglamentación cada vez más laica incorporada a las nuevas normas médicas, psicológicas y educativas".⁸⁹

La ordenación presentada por Weeks alrededor de la importancia que la sexualidad ha tenido para la sociedad occidental, tiene una deuda, indudable y reconocida por este autor, con la Historia de la Sexualidad elaborada por Michel Foucault, la cual en sí misma ha contribuido a la idea de la sexualidad que tenemos en la actualidad y ha influenciado, por lo tanto, en la misma concepción que tenemos de nosotros mismos. La práctica arqueológica y genealógica de Foucault no ha sido sin consecuencias, ha generado un discurso que se ha constituido en una referencia de peso para contarnos a nosotros mismos, para narrarnos a nosotros mismos en el ánimo de responder a la pregunta de ¿quiénes somos en las circunstancias históricas de nuestro presente?.

Algo similar, me parece, puede afirmarse respecto al psicoanálisis. Con el descubrimiento del inconsciente, Freud opera lo que él mismo llama "una revolución copernicana" en el sentido del descentramiento producido en relación a la conciencia, del destronamiento del sujeto de la conciencia, del sujeto absoluto en el que, hasta antes de Freud, se situaban los determinantes de la verdad de los seres humanos. Es a este proceso, indudablemente, al que se refiere Foucault cuando plantea que, el psicoanálisis como práctica, profundizó en la grieta abierta por Nietzsche alrededor del sujeto absoluto de la filosofía clásica y es lo que convierte a Freud, también, en una referencia ineludible para pensarnos a nosotros mismos.

⁸⁹ Weeks, *op.cit.*:38.

La continuación de este escrito podría darse a partir de polemizar la caracterización foucaultiana del psicoanálisis como práctica normalizadora de la sexualidad ya que edipiza a los sujetos, aunque más bien debe ser este un tema motivo de un trabajo de investigación específico. Solamente un par de cosas sobre ese punto. ¿No podría pensarse que al romper o al menos cuestionar las amarras edípicas de la sexualidad, el psicoanálisis más bien impulsa un proceso de liberalización de la sexualidad de los sujetos? Al suspender todo tipo de certidumbre subjetiva imaginaria y al llevar hasta sus más hondas consecuencias el proyecto nietzschiano de impugnación de todo tipo de ideal ¿No es el psicoanálisis, por el contrario, una práctica que socava las bases normalizadoras y tradicionales de la cultura? ¿Cómo conciliar la crítica de Foucault y Deleuze-Guattari al psicoanálisis con la idea fundamental de la teoría freudiana de que la pulsión sexual no tiene objeto, de que no hay nada que ate de manera sustancial a cualquier objeto con la pulsión sexual? ¿No es esta idea -pilar del edificio teórico psicoanalítico- opuesta por definición a toda tentativa de normativizar el sexo, que llevada hasta sus últimas consecuencias, se opondría a todo intento de asignación de anormalidad a prácticas sexuales, que como la necrofilia o la paidofilia, provocan un profundo rechazo por su carácter aberrante? Por último ante la tesis de los autores mencionados del deseo como no necesariamente ligado a la sexualidad, el psicoanálisis sostiene (tesis sólo mencionada aquí, a desarrollarse en otro momento) que el deseo inconsciente no es sin fantasma, que está vinculado a un fantasma que es de naturaleza eminentemente sexual.

Otro punto de discusión que podría desprenderse de la crítica de Foucault al psicoanálisis, es el relativo a la polémica sobre la universalidad o no del Edipo. Independientemente de que la universalidad del edipo puede ser pensada sin dificultades para la sociedad occidental, independientemente, también, de que lecturas del edipo como la de Lévi- Strauss confirman la tesis freudiana de su universalidad e independientemente de que la lectura de Foucault de Edipo Rey de Sófocles hace énfasis en las relaciones de poder, lo cual no invalida ni su propia lectura, ni la de Lévi-Strauss, ni la del mismo Freud, al margen de todo esto, me

parece que el asunto acerca del carácter universal o no del psicoanálisis se localiza en otro lugar, se ubica, a mi entender en la propuesta de Freud de la pulsión de muerte como fundamento de todo actuar del ser humano, planteamiento que, aún en el interior del psicoanálisis, no ha agotado su potencial heurístico. Aparentemente nos alejamos de nuestros temas de interés: cuerpo, sexualidad, sujeto; pero, por el contrario, nos encontramos en el corazón mismo de la problemática ya que estos tres: cuerpo, sexualidad, sujeto, no pueden ser pensados, desde la perspectiva del psicoanálisis, sin referencia a eso que Freud llamara Tanatos.

Dicho en términos sucintos: el descubrimiento de la pulsión de muerte hecho por Freud a partir de la observación de fenómenos clínicos que indicaban una tendencia del aparato psíquico a la búsqueda de algo más allá del placer, echa por tierra tanto la primera dicotomía pulsional: pulsiones sexuales vs pulsiones de autoconservación, como el enunciado general de que el aparato psíquico está gobernado, en última instancia, por el principio del placer; planteamientos centrales que caracterizaron toda una primera época de la producción freudiana que se extiende desde los tiempos originarios del descubrimiento del inconsciente (1895-1900) hasta los últimos años de la segunda década del siglo pasado.

Esto llevó a que prácticamente todos los desarrollos psicoanalíticos quedaran supeditados a la consideración de la existencia de un más allá del principio del placer como gobernante de la psique y dependiente de la inclinación última al retorno a lo inanimado, que era una de las formas en que Freud definía la pulsión de muerte. La constitución subjetiva, el cuerpo con que se relaciona el sujeto y la sexualidad que caracteriza su existencia, son circunstancias que dependen del paso por el par Edipo-Castración, el que a su vez tiene tras de sí esto que Freud formula como pulsión de muerte.

De cualquier manera no es el cometido de este ensayo la presunta universalidad del edipo o de la pulsión de muerte freudiana ni es ésta misma motivo central del trabajo, aunque sea un presupuesto ineludible del abordaje psicoanalítico de los tres términos sobre los que gravita esta pequeña elaboración. Se trata más bien, a estas alturas del texto y en congruencia con lo anunciado al principio, de presentar

algunas nociones relativas al sujeto en el psicoanálisis y su relación con el cuerpo y la sexualidad.

Haciendo una breve recapitulación de lo hasta ahora desarrollado, se indicará que se ha expuesto, indudablemente de manera insuficiente, aspectos de la concepción de Foucault sobre el cuerpo, la sexualidad y su intervención en la llamada por Foucault, hermenéutica de sí, es decir a la producción de la idea de la subjetividad prevaleciente en nuestra cultura y en nuestro tiempo. La complejidad y extensión del tema dan a lo hasta aquí introducido el carácter de un bosquejo de temas a profundizar en una investigación posterior. Algo similar se afirma con relación a la concepción psicoanalítica del sujeto. Más que exponerla de manera íntegra, se explicarán algunos de sus componentes. La manera de hacerlo será a partir de su confrontación con algunos elementos constitutivos de la noción de subjetividad, aparecidos en el artículo "El individuo, su cuerpo y la comunidad" de Sergio Pérez Cortés.⁹⁰

Concibiendo la filosofía de Foucault como "Analítica de la experiencia", a partir de considerar el privilegio que ocuparía en su interior la categoría de experiencia, Pérez Cortés desarrolla un extraordinario texto en el que analiza los vínculos entre el individuo, el cuerpo y la comunidad. Este artículo retoma los presupuestos fundamentales de la última parte de la obra de Foucault, relativos a la hermenéutica de sí. La tesis que desarrolla este artículo me parece de una importancia mayor y nodal para la posibilidad de articulación del discurso psicoanalítico con la filosofía foucaultiana llamada por Morey Ontología de nosotros mismos y Analítica de la experiencia por Pérez Cortés.

Esta tesis le asigna al cuerpo un papel primordial en la constitución del sujeto a través del diálogo de éste con su cuerpo y con la comunidad. Consiste en plantear que toda experiencia del cuerpo es producida por categorías discursivas y simbólicas y por prácticas eficaces que no son meros agregados a un cuerpo previamente existente sino determinantes esenciales del objeto. Igualmente este planteamiento supone que es en el proceso mismo de la experiencia donde se concreta la relación del

⁹⁰ Pérez, *op.cit.*

sujeto con su cuerpo y donde se definen ambos extremos de la relación. Además del diálogo del sujeto consigo mismo a través de pensar su cuerpo, también se da, a través del cuerpo, el diálogo con la sociedad. Se trata por medio de esta tesis, de promover la idea del cuerpo como "...el significante por excelencia y el lugar original de la simbolización".⁹¹

Pérez Cortés despliega esta tesis a lo largo del artículo de una forma magistral y con varios elementos recuperables para distintos análisis. Para mi propósito, me interesa destacar algunos enunciados integrantes de la tesis y que, a mi juicio, pueden ser discutibles desde la mirada psicoanalítica; estos son relativos a la posibilidad de síntesis, de unificación del sujeto, la sociedad y el cuerpo en la experiencia de este último.

En la página 13, el autor dice: "Se trata de una situación particular, porque en este caso el objeto al que se refiere la experiencia *forma una unidad* con el sujeto que lo reflexiona".⁹²

En la misma línea del contenido del párrafo anterior y particularmente en relación a la búsqueda de la identidad de sí, nuestro autor nos dice: "La experiencia del cuerpo es, sin duda, parte fundamental de la identidad del sujeto. Sin embargo, la identidad de sí de un sujeto no implica una unidad a priori, sino que depende de la *unificación reflexiva* que se realiza a través y contra la multiplicidad de determinaciones que constituyen al individuo"⁹³ y un poco más adelante: "...la identidad reflexiva del sujeto se logra únicamente en el momento en que la diversidad se integra en *una síntesis única*".⁹⁴

En el apartado "El cuerpo y la libertad", Pérez Cortés, presenta otras líneas que remiten a esta idea unificadora: "...es en la relación de sí a sí respecto de su cuerpo que el sujeto se autoconstituye, a medida que reflexiona sobre sus propias

⁹¹Pérez, *op. cit.*:14.

⁹²Ib.:13 cursivas mías

⁹³ib.:18, cursivas mías

⁹⁴Ib., cursivas mías

operaciones y sobre la oposición que ejerce el cuerpo, hasta que reconoce que es justamente debido a esa *unidad de sí...*".⁹⁵

Por último en la parte final de su escrito y a manera de conclusión (lo que da una medida de la importancia de este planteamiento unitario) el autor expresa: "En la experiencia del cuerpo, *la unión del sujeto consigo mismo no es un ideal inalcanzable, sino el acto más cotidiano*. Los hombres nunca están, aún en su experiencia más íntima, exiliados entre sí; y no enfrentan en la naturaleza ni en el pensamiento, y desde luego tampoco en su propio cuerpo, un jeroglífico incomprensible".⁹⁶

Este último párrafo citado introduce un elemento adicional al que veníamos destacando y que también se presta para una diferenciación en base a los postulados psicoanalíticos: la posibilidad de un desciframiento completo de sí mismo. Abordaré también este punto pero antes me centraré en presentar una de las características principales de la noción psicoanalítica del sujeto que contrasta con esta idea de unificación, de síntesis: su naturaleza esencialmente escindida. Me parece relevante aclarar que esta comparación no busca fincar la cualidad de verdadera o más verdadera a una aproximación u otra.

Para el psicoanálisis el sujeto del inconsciente está fundamentalmente dividido, habitado por una falta fundamental e imposibilitado para unificarse. Se trata de una división que puede enunciarse en varios términos; por ejemplo, entre una parte consciente y una inconsciente de sí. Puede plantearse también, en terminología edípica, diciendo que el sujeto está dividido entre el deseo de la madre, que lo constituye pero que a la vez lo aliena, y la palabra del padre, que lo separa y lo inscribe en el mundo simbólico. Hay una imposibilidad de unificación de estas distintas partes, aunque así se pretenda.

La experiencia del psicoanálisis es eminentemente discursiva, se trata siempre con hechos de lenguaje. En el despliegue de la experiencia salta a la vista esta división entre la intención del discurso consciente, del discurso que el sujeto elabora

⁹⁵ *Ib.*:21, cursivas mías

⁹⁶ *Ib.*:22, cursivas mías.

sobre sí mismo, acerca del cual cree tener el control y el discurso inconsciente que se hace presente contra la voluntad del sujeto, que se hace oír en los intersticios de la palabra conscientemente producida, haciendo trastabillar la continuidad y fluidez de este discurso consciente. Asimismo la experiencia del síntoma psicoanalítico, de los sueños y de los actos fallidos dan muestra de esta división subjetiva, de esta doble presencia discursiva.

Desde la concepción del psicoanálisis desarrollada por Lacan, la experiencia de un psicoanálisis se desenvuelve en el interior de los tres registros por él introducidos: Lo real, lo simbólico y lo imaginario. El sujeto del inconsciente formulado por Lacan y posibilitado por el cógito cartesiano, es un sujeto eminentemente simbólico, es un sujeto que se produce en el interior de las cadenas significantes, se trata de lo que un significante representa para otro significante. Lo que tiene que ver con el cuerpo, es para el psicoanálisis, principalmente, perteneciente al registro de lo imaginario, en donde queda incluida esa estructura psicoanalítica que es el yo: Para Lacan el yo, lo imaginario tiene, por definición, una función de desconocimiento de la verdad del sujeto, cuya naturaleza, como mencionamos, es simbólica; de ahí la imposibilidad de unificación, en términos de síntesis de estas dos dimensiones.

Claramente en la topología psicoanalítica del sujeto están presentes los otros, la sociedad, pero esto no lleva a la sugerencia de una experiencia de síntesis. La propuesta de Pérez Cortés es un tanto similar a una lectura de la Segunda tópica freudiana del aparato psíquico (ello, yo, superyó) que asignaba al yo la función de síntesis entre las tres instancias. Las investigaciones de Lacan sobre el yo y el registro de lo imaginario cuestionaron esta pretendida función sintética atribuida al yo, demostrando que a partir de su incidencia como operador de las palancas de la represión, el yo tiene, más bien, como función, el desconocimiento de la verdad subjetiva.

Estas distintas formas de la escisión subjetiva que he presentado remiten a una esencial de la que se deriva cualquier otra: la radical separación del sujeto de su objeto de deseo, con lo que arribamos a lo que se mencionaba arriba en términos de

una falta fundamental en la estructura del sujeto, correlativa del planteamiento freudiano de la inexistencia de un objeto connatural a la pulsión sexual. El sujeto del psicoanálisis está habitado por un hueco llenable, por un agujero que es, precisamente lo que lo constituye como sujeto del deseo, como sujeto en falta, que busca, infructuosamente, tapar, suturar a través de los diferentes objetos que, en el marco de su existencia, se le ofrecen a su deseo. Este hueco, este agujero, supone un elemento exterior al registro de lo simbólico, exterior al lenguaje. No hay un término que nombre esta falta, se trata de un innombrable, por lo tanto un indescifrable; en otros términos, es la presencia de la pulsión de muerte freudiana arriba mencionada. El sujeto está constituido y caracterizado por esta falta de objeto, por esta falta de un término que nombre el objeto de su deseo, en el corazón mismo de su ser; por eso, a diferencia de lo que sostiene Pérez Cortés, sí hay un elemento indescifrable en la estructura del sujeto, según la piensa el psicoanálisis; no se trata, efectivamente de un jeroglífico, pues este se prestaría al desciframiento, se trata de un real (lacaniano) exterior al lenguaje, un elemento caracterizado por la pura negatividad y que le otorga su distintivo al sujeto del psicoanálisis.

Bibliografía

Assoun, P.L.

- 1989 “El sujeto del psicoanálisis”, *Anamofosis*, núm. 1, Ed. de la Noche, México.

Habermas, J.

- 1990 *Teoría de la acción comunicativa II. Crítica de la razón funcionalista*, Taurus, Madrid.

Foucault, M

- 1981 *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*, Siglo XXI, México.

- 1978 *Microfísica del poder*, Ed. La Piqueta, Madrid.

- 1984 *L'usage des plaisirs*, Gallimard, París, 1984.

- 1990 *La verdad y las formas jurídicas*, Gedisa, México.

- 1990 *Tecnologías del yo*, Paidos, Barcelona.

Miller, J.A.

- 1991 “Michel Foucault y el psicoanálisis”, en: Balbier, *et al.*, *Foucault, filósofo*, Gedisa, España.

Morales, H

- 1993 *Sujeto del inconsciente. Diseño epistémico*, UNAM, México.

Morey, M.,

- 1990 “Introducción: La cuestión del método”, en Foucault, M., *Tecnologías del yo*, Paidos, Barcelona.

Pérez, S.

- 1991 “El individuo, su cuerpo y la comunidad”, *Alteridades*, 1(2), UAM-I, México.

Turner, B.

- 1989 *El cuerpo y la sociedad. Exploraciones en teoría social*, FCE, México.

Weeks, Jeffrey

- 1998 Sexualidad, Paidos-UNAM, México.

Cuadernos de Trabajo, Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales
Universidad Veracruzana, Diego Leño 8, C.P. 91000, Col. Centro, Xalapa,
Veracruz, México
Telfax (01228) 812 47 19
Email: iihs@uv.mx